

Unidad y Carismas

Gratuidad y cultura de la acogida

Gratuidad “iluminada”

Carlos García Andrade, c.m.f.

La posibilidad de la gratuidad y del don:

Pistas hermenéuticas

Claudio Guerrieri

Acoger, acompañar, promover

G. Buffa, f.m.a. - M. Mantovani, s.d.b.

La acogida, clave de una vida abierta y feliz

Ernesta y Paolo

Gratuidad: Cuanto más das, más recibes

Sor Jenny Favarin, f.d.p.

El sencillo testimonio de un religioso
agustino como Vicario Episcopal

Ángel Camino Lamelas, o.s.a.

N.º 103/2018

Enero - Marzo


Ciudad Nueva

Revista trimestral de espiritualidad y comunión

Edición española

Edita: Movimiento de los Focolares (R-2800178-B)
Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid

Consejo de redacción: Carlos García Andrade, c.m.f.; Joaquín M^a Vicente, o.carm; José Luis Belver, o.s.a.; Juan Gil, o. carm; Santiago Sierra, o.s.a.

Administración: Joaquín M^a Vicente, o.carm. Calle Ayala, 35. 28001 Madrid..
Tel. 914 35 16 60 - Mov. 696 415 291 - e-mail: redaccion@unidadycarismas.com

Composición: José Luis Belver, o.s.a.

www.unidadycarismas.com

Edición italiana

«Unità e Carismi», Fabio Ciardi, o.m.i.,
Via della Selvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.
unitaekarismi@cittanuova.it

Edición alemana

«Charismen. Ordenschristen in Kirche und Gesellschaft», Hans Schalk, cssr
Kaulbachstrasse 47
D - 80539 München, Alemania
schalk@redmuc.de

Edición inglesa (Asia, África)

«Charisms in Unity», Conrad Sciberras,
mssp, Via della Salvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.

Edición eslovena

«Edinost in Karizme», Anton Nadrah, o.cist.,
Cistercijanska opatija Sticna
61295 Ivančna Gorica, Eslovenia

Edición francesa

«Unité et Charismes», Roger Bourcier, fsg
10, av. Rémy René-Bazin
85290 St-Laurent-sur-Sevre, Francia
unitecharismes@focolari.fr

Edición polaca

«Jednosc i Charyzmaty», Ludwik Mycielski, o.s.b.
Biskupow 72 PL
48-355 Burgrabice, Polonia
ludwik@benedyktyni-biskupow.org

Edición portuguesa

«Unidade e Carismas», Germano van de Meer, s.v.d.
C.P. 18 - 06730-970 Vargem Grande Paulista SP, Brasil
centrofoco@uol.com.br

Depósito Legal: M-16.216-1991

GRATUIDAD Y CULTURA DE LA ACOGIDA

Editorial

Gratuidad y acogida *Mauro Mantovani, s.d.b.* 4

Perspectivas

Gratuidad «iluminada» *Carlos García Andrade, c.m.f.* 6

La posibilidad de la gratuidad y del don:

Pistas hermenéuticas *Claudio Guerrieri* 11

Experiencias

Acoger, acompañar, promover *G. Buffa, f.m.a. - M. Mantovani, s.d.b.* 15

Estar en salida *Patrizio Sinigaglia, s.d.b.* 17

La acogida, clave de una vida abierta y feliz *Ernesta y Paolo* 20

Servir eficazmente a los últimos *La Redacción* 23

En la frontera de la cárcel *Gianfrancesco Bagnulo, o.f.m.cap.* 26

Gratuidad: Cuanto más das, más tienes. *Sor Jenny Favarin, f.d.p.* 29

La acogida es una ocasión *Paolo Balduzzi y Tamara Pastorelli* 32

Testigos

«El mundo es demasiado pequeño...
quisiera abrazarlo totalmente» *Sor Marina Motta* 35

Nuevos horizontes

El sencillo testimonio de un religioso
agustino como Vicario Episcopal *Ángel Camino Lamelas, o.s.a.* 39

Gratuidad y acogida

CONOCEMOS el “peso” bíblico y teológico del término “*Gratuidad*”, que en la raíz griega (*char*), de la cual también “carismas”, remite al ejercicio –ante todo por parte de Dios– de la benevolencia, independientemente, y más allá, de los méritos adquiridos.

Jesús dijo a sus discípulos claramente: «*Gratis lo recibisteis; dadlo gratis*» (Mt 10, 8). El Papa Francisco, en la homilía en Santa Marta el 11 de junio de 2013, comentando esta expresión-clave de las consignas de Cristo a sus discípulos, afirmaba que «*no podemos predicar, anunciar el reino de Dios, sin esta certeza interior de que todo es gratuito, todo es gracia*». Es lo que recordaba también san Agustín (*Quaere causam et non invenies nisi gratiam*): cuando actuamos sin contar con la gracia, entonces «*el Evangelio no tiene eficacia*». Entre la cantidad de signos con los que se puede expresar la gratuidad, el Papa Francisco subraya en particular, en la misma homilía, la *pobreza* y la *alabanza a Dios*. La Iglesia «*no es una ong: es otra cosa, más importante. Nace de esta gratuidad recibida y anunciada*». Cuando un apóstol no vive la gratuidad, pierde también la capacidad de dar gloria al Señor, «*porque alabar al Señor es esencialmente gratuito. Es una oración gratuita. En ella no solo pedimos y alabamos [...] Cuando encontramos apóstoles que quieren hacer una Iglesia rica, una Iglesia sin la gratuidad de la alabanza, entonces envejece, se convierte en una Ong, no tiene vida*».

¿Cómo se encuentra hoy la vida consagrada ante esta exigencia de radicalidad evangélica, a la que los religiosos y las religiosas están llamados a ser testigos? ¿Lo que somos y lo que a menudo hacemos, ¿es expresión auténtica de Iglesia, o es acción de una Ong (aun con todo el debido reconocimiento, obviamente, por las Ong?). Tal vez intentamos mostrar nuestra pobreza, pero ¿cómo está nuestra alabanza a Dios? Reafirmarse sobre la categoría de la gratuidad como dimensión central de la enseñanza evangélica puede exponer por eso no solo los aspectos necesarios de la presencia solidaria en la sociedad y de la asistencia hacia

los más necesitados, sino que implica una verdadera y real visión antropológica de la persona humana en cuanto llamada radicalmente –en la relación– al don de sí al otro y la acogida del don del otro, según la perspectiva del “nosotros”. La gratuidad, que surge como signo que habla de modo eficaz de Dios, está por eso en la raíz de la vida consagrada, y asegura esa linfa vital que hace germinar nuevas floraciones. En la Exhortación apostólica postsinodal *Evangelii Gaudium*, el Papa subraya que la gratuidad es un camino que tiene como manantial el amor, porque «del amor por el que uno es grato a la otra persona depende el que le pueda dar algo gratuitamente».

En este número de nuestra Revista hemos querido detenernos particularmente en la presentación de varias experiencias de gratuidad capaces de hacer emerger un “nosotros inclusivo”, por tanto, que pongan de relieve no solo una dirección unívoca entre quien da y quien recibe, sino que expresen la bis-univocidad del don y de la acogida. Cuando el intercambio mutuo alcanza las dimensiones más profundas de fe y de pertenencia, incluso con la distinción de identidad, de vocaciones y actividades, se puede experimentar un verdadero y auténtico “cambio de paradigma”, es decir, el paso de un modelo de gratuidad-uni-direccionalidad a uno de bis-direccionalidad-reciprocidad, en el que todos (tanto el que da, como el destinatario que acoge) juegan un papel activo y responsable.

«Dios ama al que da con alegría», escribe san Pablo (2Cor 9, 7), y uno de los primeros modos de experimentar su amor es poder establecer, al menos de algún modo, la reciprocidad. Cuando la reciprocidad se realiza, entonces florece lo interpersonal en la “conversación” auténtica, y se experimenta lo que Tomás de Aquino indicaba muy eficazmente, afirmando (*In I Sent.* 15, 5, 3) que la persona es tal cuando ama, y no cuando es simplemente. Y se ama tanto dando, sobre todo dándose, como acogiendo, es decir, dando su propia acogida.

Gratuidad y acogida no constituyen, pues, requerimientos y aspectos moralizantes de generosidad, sino que se refieren a lo que el papa Benedicto XVI señaló en la Encíclica *Caritas in Veritate* como la «cuestión decisiva», que «la unidad del género humano, una comunión fraterna más allá de toda división, nace de la con-vocación de la palabra de Dios-Amor...

Al afrontar esta cuestión decisiva, hemos de precisar, por un lado, que la lógica del don no excluye la justicia ni se yuxtapone a ella como un añadido externo en un segundo momento y, por otro, que el desarrollo económico, social y político necesita, si quiere ser auténticamente humano, dar espacio al principio de gratuidad como expresión de fraternidad» (n. 34). Y en la Encíclica *Laudato si'* (2015) el papa Francisco pide a todos «entrar en otra lógica, la del don gratuito que recibimos y comunicamos» (n. 159). La realidad del don solo halla de hecho su plena comprensión en la perspectiva de la comunión.

Cultura del don y cultura de la acogida son como las caras de la misma medalla; podríamos hablar de ...aquel dracma cuyo valor también hoy es inestimable, moneda preciosísima que –según el párrafo de *Lc* 15, 8-10– habiéndola perdido se la ha encontrado y se vuelve a encender una alegría que es en seguida comunicada con “las amigas y con las vecinas”.

Mauro Mantovani, s.d.b.

Gratuidad “iluminada”

Carlos García Andrade, c.m.f.

La gratuidad expresa la esencia de la relación entre el hombre y Dios. Sabemos que “todo es gracia”. La lógica, sin embargo, que subyace a esta experiencia no es de fácil acceso. ¿Es acaso la manifestación de una generosidad natural sobrea-bundante e irresistible del corazón de Dios, como la lava que sale del volcán? Si es así, ¿podemos realmente vivir la gratuidad como Jesús la vivió? ¿O es algo que nos supera? ¿Responde a una lógica distinta que se nos escapa y que debemos comprender bien?

POSIBLEMENTE no exista una palabra que pueda superar en densidad humana lo que significa el término gratuidad, pero, sobre todo, no existe experiencia humana que se le pueda comparar aun por encima de todo mérito y de toda expectativa. Ser receptores de un don que no nos podíamos esperar, sobre el que no tenemos ningún derecho, ninguna razonable esperanza, es una realidad muy especial. La gratuidad, por parte del que ofrece el don, exige siempre una apuesta. Es como un sueño frágil, que puede ser fácilmente decepcionante, por lo que, a menudo, desaparece del comportamiento y de las propuestas habituales de los hombres, y pare-

ce encontrar refugio solo en las relaciones de pareja, de familia, aunque tampoco siempre.

Un horizonte hermoso pero muy difícil

La gratuidad es un horizonte siempre presente dentro de la experiencia humana. Aunque exigiendo no poco sufrimiento, esfuerzo y dolores, el nacimiento de un hijo es una enorme experiencia de gratuidad y, en condiciones normales, se percibe como un don que con su novedad supera todas las cosas imaginables. Pero se vive también una experiencia similar cuando se

alcanza un objetivo, se consigue un propósito largamente soñado o por el que se ha trabajado durante años. La experiencia es entonces tan abrumadora que uno se olvida de todas las energías empleadas, de las horas robadas al sueño, de las pruebas superadas.

La gratuidad importa mucho en la experiencia religiosa. Pedir gracias, obtener gracias, solicitar gracias, son expresiones repetidas en la literatura religiosa. Probablemente esto indica cómo, en las relaciones con Dios, el hombre es instintivamente consciente de no poder reivindicar nada, de no poder reclamar nada. La gratuidad tiene poco que ver con el juego de los derechos/deberes.

Especialmente presente consta en el evangelio, en las palabras de Jesús: «*Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis*» (Mt 10, 8), pero sobre todo está presente en sus obras, en las intervenciones milagrosas, incluso a favor de aquellos que no le piden nada (la viuda de Naín, el ciego de nacimiento...), en la actitud frente a los pecadores (Zaqueo), es una gratuidad que es el reflejo de su relación con el Padre.

También está presente con mayor fuerza en las cartas paulinas y en los otros apóstoles, es decir, en la literatura religiosa que cuenta cómo la fe es vivida por los cristianos. Por esta razón, podemos decir que la gratuidad aparece con fuerza en los carismas del espíritu. Estos son dones inesperados, no merecidos, que cambian toda la vida, que generan muchos frutos en la Iglesia. Si es posible hablar de gratuidad en una vocación cristiana, en el caso de los carismas y de sus hijos e hijas, es un hecho evidente.

Desafortunadamente, este ideal evangélico de la gratuidad no ha conseguido encajar bien dentro de la teología y de la moral católica. Junto a otros mensa-

jes esenciales del evangelio, la perspectiva de la gratuidad es sin duda permanente en la fe, pero con una presencia que podemos llamar “satélite”, periférica, como referencia esporádica, que aparece de vez en cuando, pero que no se ha convertido en algo central, lo cual significa que no hemos sido capaces de articular el pensamiento, o la visión de la vida cristiana, en torno a estos aspectos más originales de Jesús.

La centralidad del perdón (que es un acto supremo de gratuidad, capaz de recrear una relación, de abrir un nuevo horizonte, de revertir una situación de salida aparente), fue tan fuerte y consistente en el mensaje de Jesús que permanece también en la predicación de la Iglesia. A menudo, sin embargo, aparecen algunos signos que nos dicen que el perdón no ha sido bien comprendido.

El don gratuito tiene un objetivo bien preciso: suscitar libremente en el otro una respuesta análoga, recíproca. Lo que subyace a la lógica de la gratuidad es la ontología del don y la búsqueda de la reciprocidad. Incluso en el caso de Dios..

Algunos dicen: «*perdono, pero no olvido*», otros ponen algunas condiciones: «*perdono, pero si lo merece*», o «*perdono, pero solo después de que él me pida perdón*». Este tipo de argumentos nos hacen comprender que el perdón es vivido como un esfuerzo moral exigente. Que requiere condiciones. Pero algo que se debe merecer, no es gratis.

Estas condiciones parecen en cierto modo razonables. Pero una mirada simple muestra que Jesús no vivió así la gratuidad. Al contrario, estas actitudes destruyen pro-

piamente la esencia de la gratuidad que debe animar el perdón. Anteponiendo ciertas condiciones, exigiendo ciertos derechos adquiridos ¿no se niega quizás la esencia de la gratuidad que es el don incondicionado? Estas actitudes muestran que no se ha entendido la lógica interna de la gratuidad.

Un error elemental

La comprensión de la gratuidad depende de dos factores. El primero deriva de haber considerado la gratuidad como un movimiento espontáneo, cuya autenticidad depende precisamente de ese carácter casi instintivo. Si la gratuidad del acto de amor se comprende así, solo puede venir de Dios. Por esto la presencia de la gratuidad en nosotros se comprende solo como una participación en el amor de Dios, si en algún momento somos afectados por esa fuerza divina que viene de lo alto.

Según esta visión, la gratuidad no sería programable. Puede suceder o no. Si aparece –si Dios quiere– es un don maravilloso. Pero, si no sucede, es inútil buscarlo. Por esto algunas veces se dice: «*No puedo perdonar a esta persona, querría pero no puedo*», revelando una concepción del perdón como algo que “sucede” en nosotros, no como el fruto de nuestra elección. De esta manera, parece que el criterio de autenticidad de toda actitud gratuita reside en su espontaneidad, en un florecimiento inesperado e involuntario.

Este criterio, sin embargo, no se corresponde con la práctica de Jesús. No me parece que podamos decir que Jesús subió a la cruz por un movimiento espontáneo de generosidad. Ni siquiera creo que hacerse invitar a comer por Zaqueo fuera un acto no pensado y sin propósito concreto.

Lo decisivo es que Jesús nos ha mandado perdonar. Si esto es un mandamiento, significa que aquí entra nuestra voluntad. No es un ideal utópico. No. Se habla de un mandamiento concreto. La autenticidad de la gratuidad no depende de su carácter espontáneo, de surgir en una forma casi inconsciente. Depende de la voluntad de usarla, de cumplirla. Un acto de la voluntad. Muchas veces viviendo y yendo en contra de nuestras tendencias espontáneas.

La raíz y el propósito de la gratuidad

Este error procede de no haber entendido bien la lógica de la gratuidad. ¿Realmente el gesto desinteresado, gratuito, no responde a ninguna lógica? ¿Es realmente una respuesta sin motivo, inexplicable, una sacudida inesperada cuyas raíces nos son desconocidas?

Si esto fuera así, no sería posible conectarlo con ciertos mandamientos del Señor que, ciertamente, excluyen el doble juego o el uso del don gratuito para conseguir otros fines, pero no excluyen que el don gratuito tenga un fin.

A mí me parece que la acción gratuita no es irracional, sin motivo, un puro acto aislado, quizás admirable, pero ciego. En mi opinión, no hemos entendido bien su raíz, ni su fin.

El don gratuito nace de nuestra vocación más profunda, es decir, por ser hijos de Dios y por realizar nuestra existencia como ser personal, debemos entrar en la lógica de la donación. Si nos damos a nosotros mismos, entonces nos realizamos en ese don de nosotros mismos. Pero esto solo se entiende a la luz de la Trinidad. Por esto al haber dejado a la Trinidad, por tantos siglos, como encerrada en el “limbo” de la trascendencia inalcanzable ha bloquea-

do en nosotros la raíz de la que brota esta vocación.

Además, el don gratuito tiene un objetivo bien preciso: suscitar libremente en el otro una respuesta análoga, recíproca. Lo que subyace a la lógica de la gratuidad es la ontología del don y la búsqueda de la reciprocidad. Incluso en el caso de Dios.

...la búsqueda de la reciprocidad no es una motivación añadida oculta, es, simplemente la lógica natural del don. Cada gesto de amor requiere una respuesta semejante. Y esta es una consecuencia inevitable.

Dios nos ama porque es amor en sí mismo, pero también porque quiere suscitar en nosotros una respuesta similar, recíproca. Dios quiere ser amado libremente por nosotros. Y solo el reconocimiento de la gratuidad del don nos impulsa a una respuesta similar. No es fácil suscitar la reciprocidad. Debido a que es libre y, por tanto, no se puede imponer, no se puede exigir. Es posible solo sugerirla, reclamarla, crear las condiciones para que sea posible. Es aquí donde aparece el poder de la gratuidad. Solo un don sin pretensiones (incluso si sueña con una posible reciprocidad, porque todo amor reclama amor) es capaz de suscitar una respuesta similar. La respuesta recíproca libre solo puede ser suscitada por el don gratuito libre.

Pero esto no significa que este don sea ciego. Y aquí se juega todo. El antiguo lema cristiano que dice: «*Donde no hay amor, pon amor, y encontrarás amor*» siempre se cumple. Pero su eficacia depende de la autenticidad del don, de su clara gratuidad. Si se sospecha alguna motivación o pretensión oculta, todo se arruina, por justas y

santas que sean tales pretensiones. Pero la búsqueda de la reciprocidad no es una motivación añadida oculta, es, simplemente la lógica natural del don. Cada gesto de amor requiere una respuesta semejante. Y esta es una consecuencia inevitable. Y es bueno que esto sea así.

La debilidad de la “espontaneidad”

¿Por qué esta insistencia en la “espontaneidad” del gesto? ¿Qué lleva consigo el establecer un carácter “casi inconsciente” como condición decisiva de la verdad de la gratuidad? En realidad, sirve bien poco. Por lo general, la espontaneidad elogiada pronto revela su debilidad, cuando aparecen los precios que hay que pagar para suscitar la reciprocidad. *El precio de la derrota*, siendo la respuesta libre, simplemente puede no aparecer; *el precio de la incompreensión*, si alguien siempre trata de hablar primero con los demás, de recoger su pensamiento, corre el riesgo de ser malentendido y juzgado como incapaz de decidir por sí mismo, de pensar por sí mismo, que siempre trata de buscar apoyo en los demás; *el precio de poder ser explotado*: algunos se dejan amar por los otros, tranquilamente, sin mover un dedo en respuesta, quizás piensan que son dignos de ser amados y no sienten, en su egocentrismo, ningún impulso para responder al don. Todos ellos son precios *kenóticos* (que implican el negarse a sí mismo) a los que normalmente la “espontaneidad” no tiene recursos para responder. Nos quiere ir más allá.

O, a veces, se termina por ver el gesto de la gratuidad de forma autorreferencial, para reforzar nuestro orgullo o nuestra propia vanidad, para demostrarnos a nosotros mismos, o tal vez a los demás, la calidad extraordinaria de nuestra conducta,

solo, por tanto, para hacer crecer el estrado bajo el propio yo. Lo que es mucho peor. Amo para sentirme mejor yo.

Al faltar durante siglos el horizonte trinitario en la teología y en la moral, y habiendo encerrado a la Trinidad en su cielo, no se podía entender. Ahora que se intenta devolver al marco trinitario la fe en todo su esplendor, es lógico que la gratuidad se replantee.

Quiero decir que si, en principio, la elección del carácter espontáneo como criterio de autenticidad tenía el objetivo de evitar toda posible manipulación del acto de amor gratuito (cuando se ama con un objetivo distinto y escondido, para que los otros se conviertan, o superen sus prejuicios, o puedan reconocer el valor de creer, etc.). La espontaneidad parece ser muy frágil, no puede resistir a las dificultades y está sujeta a ser manipulada con fines egoístas.

Las posibilidades de la gratuidad iluminada

La gratuidad iluminada, elegida, consciente, no se cansa, es capaz de superar la prueba, de comenzar siempre de nuevo porque sabe, a la luz del Dios Trino, que solo en el don de sí, incluso aunque no hay respuesta por parte de los otros, la vida continúa, se camina en el proceso de madurez.

No se bloquea ante los fracasos y las pruebas, porque es consciente que sin la reciprocidad el amor no es pleno. Por tanto, no es suficiente amar sin límites. Nece-

sitamos ser amados. La gratuita debe ser guiada por la búsqueda libre de la reciprocidad: «*Nadie ha visto a Dios, pero si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud*» (1Jn 4, 12). En otras palabras, sin la reciprocidad el amor de Dios en nosotros no es perfecto.

Solo cuando la gratuidad se ilumina y busca la respuesta mutua, se comprende que el amor busca el bien de ambos (no solo el mío, no solo el tuyo).

La gratuidad busca la reciprocidad porque sabe que solo en el amor mutuo bien vivido se produce el don divino de la comunión: la presencia del Resucitado vivo entre los suyos, Don que no existe sin la reciprocidad. Yo no puede hacer comunión conmigo mismo, debe haber por lo menos dos (Cf. Mt 18, 20). Él, vivo entre nosotros, es la gran posibilidad de la caridad gratuita iluminada.

Conclusión

En realidad, se comprende que la gratuidad no se ha entendido. Al faltar durante siglos el horizonte trinitario en la teología y en la moral, y habiendo encerrado a la Trinidad en su cielo, no se podía entender. Ahora que se intenta devolver al marco trinitario la fe en todo su esplendor, es lógico que la gratuidad se replantee, incluso por el Papa Francisco: «*La Iglesia no es una ONG, es otra cosa, más importante. Nace de esta gratuidad recibida y anunciada*»¹. Y entendemos que los primeros llamados a vivirla somos los carismáticos. Los agraciados con carismas, que han recibido un don inesperado, para mostrar a los hombres la gratuidad del amor de Dios.

¹ Papa Francisco, *Homilía en Santa Marta*, 11 de junio de 2013.

La posibilidad de la gratuidad y del don: pistas hermenéuticas

Claudio Guerrieri

El autor, que se mueve en la filosofía como un pez en el agua, nos abre nuevas pistas hermenéuticas que nos permiten vislumbrar las diferentes rutas que la reflexión es capaz de trazar en torno a la gratuidad, elemento básico de las relaciones interpersonales y que es clave interpretativa de la existencia y del ser. Son flechas lanzadas en diversas direcciones, que nos dan la medida de cómo el pensamiento que mira a la relacionalidad abre caminos en el contexto del nuevo horizonte que nos diseña la globalidad. En él todos dependemos de todos y tenemos necesidad de todos. Esto nos permite tomar conciencia de la unidad en la que estamos insertos y evolucionar hacia un nuevo pensamiento y una nueva praxis.

La categoría de la gratuidad

Es difícil aceptar la complejidad en la que estamos inmersos y percibir la gratuidad de todo. Se da por descontado que somos y que lo que importa es lo que sentimos, pero, pensándolo bien, hay una imposición de la realidad que nos precede. La acción, el sentir, nos son dados independientemente de toda elección y acción que proviene de la gratuidad recibida que soy yo, que son los otros y que es el mundo. Pa-

blo y el cristianismo nos dirán: *¿Qué tienes que no hayas recibido?*

Francisco de Asís podría hacernos madurar en la conciencia de que nos hace sufrir. El espacio concedido a la alteridad, es una respuesta adecuada a la gratuidad que nos ha constituido y podrá darnos la «*perfecta alegría*»².

Sartre podría hablarnos de la gratuidad vacía del ser, fundada sobre la nada, donde experimentamos la *náusea* que capta la gratuidad sin sentido, y nos impone la li-

bertad como condena y posibilidad de dar sentido al mundo. Una gratuidad de la existencia, que es una contingencia injustificada, donde cada elección es libre de una libertad absoluta, lo que implica una elección auto-determinada.

Otras filosofías propondrán la última pregunta: «¿Por qué el ser y no la nada?», y la respuesta más auténtica puede estar en esa palabra, difícil de comprender, rica de matices y ambigüedades: *gratuidad*. Un adjetivo sustantivado que podría constituir un todo con aquella característica, misteriosa, inaccesible, luminosa y abrumadora, con la que el cristianismo define a Dios como el amor en sí mismo, la Trinidad.

Estas diversas perspectivas nos dicen cómo la gratuidad puede entenderse como esencia que se revela en el don, en el gesto de acogida, que salvaguarda o promueve al otro. La *gratuidad* parece estructuralmente relacionada con la relación entre dos alteridades, tiene significado en el horizonte interpersonal e interpela en el plano del ser.

Desafia a nuestro mundo occidental en el que todo parece ser comercializable, nos ofrece un valor más allá de cualquier intercambio. La capacidad de reducir toda relación a su valor económico, una variante del enfoque de la cultura de la sospecha, que también ha ofrecido claves interpretativas útiles para desenmascarar engaños e ilusiones, nos obliga a preguntarnos sobre la posibilidad de que exista un resto primario a la experiencia de la gratuidad, que en su efímera aparición e implicación, nos da testimonio.

Gratuidad y don son un darse. No es de extrañar que la teología cristiana haya profundizado el darse de Dios en la creación, en la revelación y en la redención y haya encontrado su originalidad en el misterio trinitario, en el recíproco, permanente,

darse de las personas divinas en una continua danza perijorética, que constituye el nexo, el sentido, la esencia, y nos revela la inconmensurabilidad del Dios Amor.

Tampoco es sorprendente que la filosofía haya analizado gratuidad y don. La ingenuidad de la expectativa lleva consigo muchas decepciones. Sabemos que no todos los dones son desinteresados. Hay una sospecha arraigada de que “nadie da nada por nada”. Se evidencia en la publicidad que nos ofrece productos donde existe un porcentaje gratis.

Hay una condición de gratuidad en la liberalidad del acto, en el que hay una superación extemporánea pero radical del egocentrismo. Esta superación de la propia frontera puede permitirnos acoger la oferta que el mundo hace de sí mismo, sin reducirla a que la acojamos por nuestra parte, y ofrecer el don de sí mismo en libertad.

Autenticidad y ambigüedad del don

Un precursor en el estudio del don y su significado ha sido el sociólogo Mauss. Estudiando algunos pueblos del Pacífico y de Norte América, identifica el don como un *fenómeno social total* en el que, en la aparente libertad, ha puesto de relieve tres obligaciones: dar, recibir, corresponder. Todo don vincula, obliga a la reciprocidad, es una forma pre-económica de intercambio que tiene el propósito moral de producir una relación. El intercambio se mueve en la impersonalidad para la adquisición de un bien, mientras que en el don hay una apertura de crédito a la relación. Esto es gratuito tanto para el donante como para el que recibe, que podría interrumpir la relación con la adquisición del don.

Derrida ha destacado la contradicción estructural del don, su naturaleza imposi-

ble. Para él partimos de la idea de que el don es gratuito, una oferta motivada por el afecto y la generosidad, pero no es así. El don implica una restitución y tiene un valor simbólico que implica el reconocimiento del donante y la conciencia en el receptor de haber contraído una deuda no querida. El único don auténtico es aquel en que el donante no aparece y no se revela el don ni en el receptor ni en el donante. La conciencia del dar y de recibir generan dependencia y vacían de gratuidad el don. El don aparece si el donante desaparece, pero así el don oculta al donante, y también su mismo ser como don.

Otros han estudiado la ambigüedad del don a nivel del lenguaje, notando el reclamo entre *don* y *dolo*, y entre el *glift* en inglés y el *glift* en alemán, que indican en una lengua *don* y en la otra *veneno*. Tales ambigüedades ya eran conocidas en la tradición griega y no menos presente en la tradición bíblica³.

Algunos autores contemporáneos sostienen que el don es siempre interesado porque el donante mira el efecto social, la reputación, el beneficio indirecto, el vínculo obligatorio favorecido o establecido por el don. El don desinteresado parece poco realista y falso, en cuanto ejercicio de poder, o un fenómeno que puede reducirse al intercambio económico.

Donde existen condiciones de engaño o de obligación a la reciprocidad, el don es *aparente* o *envenenado*, pero esto no resuelve la cuestión de si es posible un don gratuito. El nudo gordiano sigue siendo el de la valoración moral que kantianamente no se puede poner en otro lugar que en la intención. El elemento originario del don sigue siendo el interés del receptor, el deseo del bien para el otro y esto pone en primer plano la cuestión del reconocimiento del otro.

Empatía, relación y gratuidad

El vínculo libre u obligatorio que se desprende del don, y la correlación entre don (*munus*), y comunidad (como un poner juntos los dones: *cum-munus*), y el retirarse, rechazando el reconocimiento del otro: *immunitas*, han sido estudiados por Espósito. Para él el *munus-don* es originariamente deber y obligación, en la *communitas* los individuos son expropiados de su singularidad. Esto no es ni tranquilizador ni indoloro para el sujeto en cuanto percibido como un fin anunciado y real del que busca inmunizarse. Es esta una perspectiva que aborda los problemas del contrato social y la libertad civil.

Sería interesante abrir caminos de investigación en el pensamiento de E. Stein para comprender cómo la empatía es una puerta de entrada a través de la cual se puede captar la relación esencial entre el ser, el conocer y la gratuidad, o releer el *sacrificio* y la *renuncia* de Simone Weil en la perspectiva del don que no agota al otro y que en el ser y en Dios se actúa como amor oblativo y requiere una respuesta gratuita adecuada aprovechando incluso la desgracia como un don.

Es interesante la fenomenología de la donación de Mariom donde, en comparación con Derrida, desarrolla la dimensión teológica de la caridad en la revelación cristiana, y establece un nuevo análisis fenomenológico en el que se evidencian las aporías de la donación, pero también las aporías del acto de la donación como acontecimiento originario, del que el sujeto es testigo, capaz de recibir el don que tiene delante y hacer efectiva la aparición del fenómeno. En aceptar la alteridad como identidad estructural se basa la capacidad de aceptar la alteridad del otro y es posible

la *inter-donación*, basada en el reconocimiento mutuo.

Todas las perspectivas en las que el tema del don y la gratuidad parecen claves hermenéuticas estructurales para la antropología, la ética y la ontología.

La triada del don

El don implica la renuncia a la posesión y a la simetría del intercambio; quien da no tiene, pierde, pero *este dar, este tener menos, no tener*, puede ser un *acoger y ser más auténtico* ya que es la conciencia y la aplicación de la inclusión de sí mismo en un todo en el que la alteridad constituye un dinamismo vital. La triadicidad del don-donante-receptor es una forma de aplicar una simetría entre los actores del don. Pero, bien mirado, el primer don recibido somos nosotros, los otros y toda la realidad a nosotros, y nosotros a ella. El don es figura y fenómeno de la relación actuada con la alteridad en el presente del acto de la existencia de sí como don recibido, que puede en la libertad hacerse don ofrecido.

En el orden de las cosas el don es una parte, un objetivable, pero no es evidente la función simbólica y sacramental. El don es la objetivación de hacerse don, de la intención de darse, que tiene como modo de realizarse el cuidado, el dar objetos, tiempo, gestos. En el don se realiza un ir más allá de sí, una estaticidad del donante, y el receptor comprende el don como simbólico y sacramental.

La reciprocidad es implícita, pero no necesaria. El don dinamiza la relación, pero queda abierta al riesgo del fracaso relacional. La gratuidad está en esa suspensión en la libertad. La reciprocidad primitiva permanece libre pero genera una conciencia de pertenencia.

Una experiencia de don nos da la posibilidad de comprender de una manera nueva la relación con los demás, con el mundo y con Dios como lo atestigua este breve texto de Chiara Lubich:

«Angelella vino y me dio una flor. Para cogerla y dármele se había dedicado por entero: se había aniquilado totalmente en aquel don que se convirtió en sí misma. Era Angelella Eucaristía, la Eucaristía de Angelella; Angelella hecha flor. Y vi en esa flor a J.A. (Jesús Abandonado). Él es Dios debajo de una cosa; una cosa que expresa a Dios; por tanto, fuente de Dios, de Amor: J.A.

Y comprendí cómo dar el cuerpo a las llamas, el dar todo a los pobres, si es sin caridad, no es nada. Por lo tanto, todo debe hacerse con la caridad, todo divinizado. También la Creación, hechura de Dios que es Amor, no puede dejar de hacerse en el Amor y, por tanto, ser eucaristía, expresión de Dios, que es Dios.

Y me vi rodeada de J.A. por todas partes. Era un nombre y se convierte en el Ser, el Ser de las cosas increadas y creadas. Ahora le amo en todos y en todo. También en los acontecimientos. Es Él y Él es porque es Amor»⁴.

Este relato de un episodio del verano de 1949 sintetiza un camino que podríamos analizar fenomenológicamente porque revela la esencia del don como símbolo y sacramento del otro, en un horizonte del ser que aparece como don recibido y que se hace don. Un recorrido por el que hay que caminar.

¹ 1Cor 4, 7.

² *Las Florecillas de san Francisco*, cap. VIII.

³ Cf. A título de ejemplo: Ex 23,8: «No aceptes sobornos, porque el soborno ciega a los perspicaces», y Sal 15, 5: «... (el justo) no acepta soborno contra el inocente».

⁴ Chiara Lubich, *Paraíso '49*, texto inédito, cpv 1154-1161.

Acoger, acompañar, promover

G. Buffa, f.m.a. y M. Mantovani, s.d.b.

Una experiencia interesante llevada a cabo en Turín por dos Hijas de María Auxiliadora, que promueven la cultura de la gratuidad y de la acogida prestando ayuda a mujeres de diversas culturas, naciones y religiones.

ABIERTAMENTE Ciudadanas es la publicación mensual de la Asociación Prevención y Promoción, que cuenta la experiencia de acogida realizada por dos religiosas salesianas, sor Paola Pignatelli y sor Julieta Joao, en Turín, cerca de donde Don Bosco comenzó sus actividades en la segunda mitad del siglo XIX con los muchachos que llegaban de Turín.

Con la ayuda de un grupo de voluntarias, han puesto en marcha, ante todo, una escuela de lengua italiana. «Sería hermoso dar voz a todas nuestras alumnas», escriben en la publicación de junio de 2017, «pero nos damos un regalo con un 'ensayo' al final de un año de escuela: con algunas nos volveríamos a ver, otras partirían para proseguir el aprendizaje de la lengua en otros centros. Pero una vez más, se renueva la gratitud, verdaderamente recíproca, por el clima de confianza, de amistad, de casi 'complicidad' que surge entre mujeres de

cualquier latitud y, poco a poco, se aprende a 'entenderse y hacerse entender': ¡este es nuestro lema y nuestro empeño! [...]. Nosotras estaremos siempre disponibles para nuestra 'pequeña-gran' escuela, para aprender juntas la lengua de la humanidad».

Además del aprendizaje de la lengua, en vía Mameli, se han abierto dos talleres de sastrería y de otros 'oficios'. Y se comparten momentos de fiesta, de diálogo interreligioso, encuentros culturales y de espiritualidad, contactos con el mundo de las instituciones y de los servicios y propuestas formativas.

Amenze, una alumna, escribe: «Nuestra escuela es hermosa y seria. Nuestras maestras tienen mucha paciencia al enseñar italiano. Para nosotras es muy difícil hablarlo y escribirlo. ¡Gracias a Giovanna y a todas las maestras, incluidas las que enseñan a cortar y coser la ropa! ¡Estoy orgullosa de vosotras, Paola y Julieta, que vais por ahí

para vernos y ayudarnos a nosotras, mujeres inmigrantes, para mejorar nuestra vida! Os quiero a todas, maestras y compañeras».

Esta escuela y estos talleres van más allá de la mera asistencia y se convierten en promoción del diálogo entre las personas y las culturas, y construyen redes cada vez más amplias de amistad y de relación.

El obispo de Turín, Mons. Cesare Nosiglia, el mes de abril, quiso visitar la Escuela y los Talleres confirmando así el significado, para la diócesis de Turín, de esta presencia y expresando una clara invitación a proseguir: «Es la primera vez que vengo aquí, y estoy realmente contento de ver y oír, sobre todo, lo que sois y lo que hacéis. ¡Es algo maravilloso, un verdadero signo de esperanza para nuestra sociedad! ¡Aquí se edifica el mundo nuevo que deseamos construir! ¡Un mundo donde todos puedan tener dignidad para crecer en su vida familiar y espiritual! Aquí se palpa la riqueza de esta humanidad, algo que va más allá de las cosas. No se trata solo de ofrecer servicios, sino de establecer una relación gozosa de amistad y de afecto, donde se sienta y se comunique el corazón antes que el servicio. ¡Esto lo he sentido aquí! El hecho de crecer juntas, hacerse amigas, es una riqueza grandísima, un valor que ayuda a todos... Insistís en la importancia de la lengua; ¡estoy plenamente de acuerdo! ¡En un país que no conoces, si sabes la lengua, la hablada, no tanto la de la gramática, sino la de la vida, es fundamental! Pero, junto a la lengua –os lo repito–, está esta relación que permite colocar la lengua dentro de una experiencia; estar dentro de un tejido de relación permite conocerse y aprender la lengua

de la vida, comprender y establecer una relación. Y, junto con la lengua, me gustan mucho esas labores que se han vuelto significativas para la mujer y para la familia, como coser y planchar. ¡Gracias! He comprendido y he visto que aquí trabajáis bien. [...] ¡Id adelante! ¡Esta presencia se ha de sostener y promover!».

Una “buena praxis”, pues, de la cultura del diálogo, del encuentro y de la solidaridad, en la que la gratuidad se hace reciprocidad y el intercambio de las experiencias de vida es mutuo. Durante la homilía de la Misa del Jubileo Mariano, el 9 de octubre de 2016, el papa Francisco había subrayado, en cierto modo, esta “dinámica” cuando, hablando de la emergencia de la inmigración, había invitado a los fieles a tender la mano a los extranjeros que llegan a nuestras ciudades, diciendo explícitamente que «quien vive a nuestro lado, quizá despreciado y marginado por ser extranjero, puede enseñarnos cómo caminar por la senda que el Señor quiere». Citando el ejemplo de María y José, que «experimentaron la lejanía de su tierra», lejos de sus parientes y amigos, el Santo Padre había exhortado a todos a mirar a los inmigrantes como una ocasión para recuperar valores olvidados: «¡Cuántos extranjeros y personas de otras religiones nos dan ejemplo de valores que nosotros quizá olvidamos o pasamos por alto!».

Por eso, esta escuela y estos talleres van más allá de la mera asistencia y se convierten en promoción del diálogo entre las personas y las culturas, y construyen redes cada vez más amplias de amistad y de relación. «¡Los emigrantes nos obligan –se lee en el número de febrero de 2017 de la revista– a migrar de la retórica, de los estereotipos culturales y carismáticos, para obtener, ante todo nosotros, el ‘permiso de estancia’ y el derecho de ciudadanía en un mundo que cambia!».

Estar en salida

Patrizio Sinigaglia, s.d.b.

Actualmente nuestra familia está compuesta por seis personas, ya que tenemos un hijo más, Sekou, un niño originario de Djenne, Malí, que llegó a Italia en diciembre de 2014. Comparte habitación con uno de nuestros hijos desde comienzos de 2017. ¿Cómo se ha llegado a esto? Vayamos por orden, dando un paso hacia atrás.

NUESTRA familia se constituyó con el valor de estar abierta a los demás. Hemos tratado de enseñar a nuestros hijos, desde pequeños, a compartir, pero sucedió en julio de 2013, cuando, con toda la familia, fuimos a una misión de la diócesis de Florencia, en Salvador de Bahía, Brasil, precisamente en la favela de Massaranduba.

Al regresar a Florencia, todos teníamos el deseo de marcharnos otra vez, pero... cuando abres el corazón y le das al Señor tu disponibilidad, Él te toma la palabra, y, como decimos nosotros, “la misión que buscábamos lejos vino a vernos”.

La apertura hacia lo social, que habíamos respirado con la Economía de Comunidad durante años, nos había hecho entrar en contacto con los servicios sociales de los ayuntamientos, que han contado con nuestra disponibilidad para acoger a personas bajo su tutela. Así contactó con nosotros la

Prefectura, que nos preguntó si estábamos dispuestos a acoger a inmigrantes. Ofreciendo alojamiento y desayuno, hemos destinado para ello un tercio de nuestros ingresos, optando por asegurarnos de este modo solo en cubrir gastos para pagar los recibos de agua, luz, gas, impuestos y basura. (Especificamos que el porcentaje de ocupación de nuestras habitaciones antes de la acogida era del 93%, y que, por tanto, no necesitábamos nuevos clientes).

Lo hablamos con nuestros hijos, tomamos esta decisión y nos lanzamos a la aventura.

Así comenzamos a acoger grupitos de peticionarios de asilo, de acuerdo con total respeto de las normativas que al respecto rigen en Toscana”. La nuestra no quiere ser una simple “acogida”, sino una plena “integración”, como la describe Giorgio La Pira:

«*Todo hombre posee algún elemento espiritual que sirve para integrar la personali-*

dad de todos los demás. Cada uno es deudor de todos y todos son deudores de cada uno. Existe, pues, una relación intrínseca de cada uno con todos, como en una sinfonía una nota está en relación con todas las demás. Esta es la ley de la integración, que genera y preside la sociedad humana (1939)».

Y para hacer esto, no nos limitamos a proporcionar lo que nos piden las condiciones de compromiso, sino que vamos más allá. Por ejemplo, pensamos que una de las primeras necesidades para integrarse era la escuela, y pedimos al párroco, que permitió el uso de algunas salas parroquiales, en las cuales nueve maestras voluntarias imparten lecciones de italiano dos veces por semana en coordinación con el Centro Internacional de Estudiantes “Giorgio La Pira” de Florencia.

A los que han alcanzado un nivel suficiente de conocimiento del italiano los hemos inscrito en los cursos para afrontar los exámenes de tercero de enseñanza media, que el año pasado aprobaron con buenas notas. Posteriormente, algunos hicieron los cursos para adultos del bienio superior, recién terminado con el paso al año siguiente.

A un joven se le ha inscrito para obtener el carné B de conducción. Luego están las actividades deportivas. El párroco nos ha permitido utilizar el campo de fútbol de su parroquia, y casi todas las tardes hay un partido de fútbol en el que también participan chicos italianos. Algunos, naturalmente, prefieren otros deportes, en los que se han iniciado, como, por ejemplo, el boxeo en el gimnasio. Hemos contribuido personalmente a los gastos ocasionados por los reconocimientos médicos deportivos. Algunos muchachos ya han participado con éxito en algunas manifestaciones, entre ellos, Djallo, que, a comienzos de mayo de 2017, consiguió el título de campeón toscano de pesos ligeros.

Para la cultura y la diversión, a menudo vamos a visitar museos florentinos, y pasamos los domingos juntos yendo de paseo, al mar en verano, o visitando otras ciudades, durante uno o dos días, hospedados por las comunidades locales de Fano, Manfredonia y Pisa.

Hay algunos retos que superar: uno es encontrar actividades laborales, y así la mayor parte de los muchachos se han ofrecido para desarrollar actividades de voluntariado en las asociaciones locales socio-culturales y sanitarias. Y, con satisfacción, algunos han encontrado un trabajo retribuido, como aprendices; dos en talleres y cuatro en peleterías. Pero integración no es solo esto: hemos recibido las visitas de algunos escolares, de grupos de scout, de grupos parroquiales.

Es muy bonito porque en estas ocasiones la bienvenida la hacen nuestros amigos huéspedes, que enseñan las habitaciones e invitan a comer algo. Una verdadera Casa. Porque el objetivo es hacer que las personas víctimas de la desesperación de un viaje, del que la travesía ha sido solo el epílogo, se sientan en una verdadera familia en la que todos somos iguales.

Un episodio. Un día acogíamos a siete personas nuevas con nuestra furgoneta de nueve plazas. Comenzamos a dialogar en francés, y ellos me decían: “Nosotros somos siete”. Yo les respondí: “No, nosotros somos nueve”. Y así hemos sido como abuelos para dos bebés nacidos de parejas que pasaron por nuestra casa. En el momento del nacimiento, aunque ya no estaban en nuestras dependencias, nos llamaron para anunciarnos la grata noticia y nos pidieron ser padrino y madrina.

Integración también es comprender qué puede haber de común en las diversas religiones. Dialogamos sobre la “regla de oro”: haz al otro lo que querías que te hicieran a

ti; regla presente, con diversas formulaciones, en toda religión y cultura.

Organizamos cenas abiertas a la ciudadanía, como la fiesta del final del Ramadán, antes de la cual los fieles de las distintas religiones, por turno, escuchándose, han recitado su propia oración, descubriendo así, en la traducción, que la oración musulmana es una acción de gracias a Alá por la comida que encontrarán en la mesa, y termina con Amén, muy semejante al padrenuestro.

La comunidad organizó también la fiesta de fin de año en el Centro Mariápolis de Scandicci, con la plantación del olivo de la Paz. Durante los festejos, un muchacho de Malí tomó el micrófono y pidió un minuto de silencio por los compañeros que no consiguieron llegar a Europa. Un momento álgido, vivido con un hermoso grupo gen. Y luego muchos otros pequeños y grandes momentos que nos reportan mucho en términos de amistad verdadera, solidaridad y sobriedad. Cuando, al finalizar el día, volvemos después de cenar a estar con ellos, siempre desean que nos acomodemos, nos ofrecen una fruta, un vaso de agua y charlamos juntos. Luego volvemos a casa con el saludo infalible: "Adiós, papá; adiós, mamá".

Esto compensa algunos momentos desagradables, al ver que no a todos gusta lo que hacemos. Por otra parte, en casa estamos viviendo una experiencia extraordinaria.

Sekou obtuvo, a finales de 2016, la protección internacional, por lo que tendría que pasar a un proyecto SPRAR en otra región. Se disgustó mucho, como nosotros, y le propusimos que se quedara, saliendo del proyecto y perdiendo así la subvención económica. Entonces llamó a sus padres en África para pedirles su parecer, diciéndoles que se encontraba bien con nosotros. Por el tono, se comprendía que era un diálogo lleno de esperanza y de confianza recípro-

ca. Nos pasó a su madre. No entendimos nada, pero sí el espíritu. Todos estábamos contentos. Y así firmó con la Prefectura para salir del proyecto de acogida. Y nuestros hijos confirmaron con energía su deseo de tener otro hermano. Entre Lorenzo, Leonardo, Francesca y Sekou se instauró una relación espiritual auténtica, de compartir y de ayuda mutua.

Sekou Tanapo, un africano fiorentino. Hace poco que empezó el Ramadán. Así Sekou solo puede comer y beber a las nueve de la noche, comenzando con los dátiles, y le esperamos y nos comemos los dátiles con él.

Para terminar, he aquí la poesía que Sekou nos ha dedicado:

«Dos ojos, una historia. Esta noche he dormido. Luego me levanté temprano.

Saludo primeramente a mi madre y luego a mi padre. / No nos volveremos a ver, probablemente. / Diez segundos como mil años. Luego, a partir. / Meses de viaje, humillaciones, violencias, privaciones, miedos. / Mucho miedo. Mar embravecido. / No, yo no subo. / Un compañero mío asesinado. / Escojo un barco. Somos muchos juntos, sin nada, solo recuerdos, sin ninguna esperanza. / Luego un autobús. / Llegamos. ¿Dónde estamos? Florencia. ¿Dónde? / Dos ojos amigos me preguntan cómo me llamo. / Un poco de calor. ¿Acabó el infierno? / Quizá sí, me parece que sí.

Ahora duermo. Agotado, duermo. / Y luego querré aprender esta dulce lengua, ciertamente. / Han pasado algunos meses, y ahora tengo dos familias. / El italiano lo entiendo bastante. Y también lo hablo. / Hablo porque tengo ganas de hablar, de agradecer mi sueño y ser un verdadero italiano, desde el corazón de África. / Volveré a África, y me traeré a papá y a mamá. / Inshallah. Si Dios lo quiere. / Sekou Tanapo, un africano fiorentino».

La acogida, clave de una vida abierta y feliz

Ernesta y Paolo

Una buena imagen vale más que mil palabras. Del mismo modo, ciertas experiencias tomadas al vivo son más elocuentes que muchos argumentos. Para confirmar tantas palabras expresadas sobre la gratuidad, queremos traer aquí la experiencia de una pareja de romanos que, desde hace años, optaron con mucha naturalidad por mantener su casa abierta para acoger, según sus posibilidades, a las personas necesitadas de un techo. No se convirtieron en una ONG. Son, simplemente, una pareja de creyentes, Ernesta y Paolo, que tratan de amar al prójimo concretamente, sin muchas palabras.

SOMOS una familia de Roma, casados desde hace cuarenta y siete años, que hemos tenido dos hijas, ahora adultas. Desde siempre, por tradición familiar, hemos dedicado parte de nuestro tiempo a servir a los hermanos necesitados, colaborando en diversas actividades de voluntariado en favor de los pobres. Cuando nos jubilamos, pensamos que nuestra casa, que siempre ha estado abierta a la acogida, ahora podía estar aún más disponible para acoger a los necesitados.

Lo hacemos por convicción, y también porque hemos experimentado que esta op-

ción es una fuente de vida. No por casualidad el Señor, después de crear al hombre, dijo que era una “cosa muy buena”, y nosotros, después de tantas experiencias vividas, no todas bonitas, podemos decir que estas palabras de Dios son ciertas. Las maravillas que Él ha creado en nosotros son inmensas.

Si hacemos un rápido análisis de las personas que conocemos, vecinos, parientes, amigos, colegas, etc., vemos enseguida que muchas de estas personas tienen problemas, preocupaciones y ansias que a menudo provocan en ellas tristeza y depresión. ¡Cuántas familias desunidas, cuántos di-

vorcios, cuántos hijos abandonados a su suerte, sin una guía!

Todo esto sucede porque se está lejos de la voluntad de Dios, el cual creó al hombre para hacerlo feliz y glorificarlo aún más. Pero hay que decir que para experimentar la verdad de estas palabras, es preciso creer en la aventura divina del amor a los hermanos. Para los que emprenden este camino, Él está siempre dispuesto a ayudar en todo momento. Por lo que respecta a nosotros, podemos decir que la experiencia cotidiana nos lleva a constatar lo verdadero que es todo eso. ¿Cómo podemos vivir bien y en armonía? El camino es sencillo: hay que poner en práctica el mandamiento del amor hacia los hermanos.

Por esta convicción, nuestra casa ha estado y está a menudo a disposición de personas que nos han pedido ayuda. Hemos tratado siempre de poner al hermano en el primer lugar. "Todo comenzó en el lejano 1992, cuando Tonino y Paola, una familia siciliana, pobre en medios económicos, vinieron a Roma con tres hijos varones. El más pequeño tenía apenas seis meses y sufría el síndrome de Apert, por lo que tenía que ser ingresado en el Hospital Gemelli para una serie de intervenciones quirúrgicas en el cráneo.

Esta familia nos la indicaron algunos amigos sicilianos. A pesar de que nuestra casa es muy pequeña, nos adaptamos, y, de cuatro personas, pasamos a ser ocho porque el niño estaba siempre ingresado en los hospitales, sea en el Gemelli, sea en el Niño Jesús.

Esta nuestra disponibilidad gratuita fue adelante, con muchos períodos de internación hospitalaria por un año solar entero y al menos veinte años. Desgraciadamente, el pasado 28 de junio de 2017, el niño, ya mayorcito, volvió a la casa del Padre.

Otras veces hemos puesto a disposición

nuestra casita de vacaciones, que está cerca del mar, la cual, para breves o largos períodos, la ofrecimos a personas que necesitaban alojamiento. Así sucedió durante dos años con Rosario, un chico albanés, estudiante de Psicología, que no tenía medios para obtener un alojamiento propio, hasta que concluyó sus estudios.

Después, otro estudiante, siciliano, vivió en ella durante tres años. Ahora, desde hace más de dos años, está a disposición de una familia peruana que no puede pagar un alquiler. Naturalmente, la acogida, para nosotros, no es solo el servicio de poner a disposición nuestra casa. Se trata de establecer una relación, de hacernos amigos, para testimoniar que también los necesitados pueden hallar, si hay una verdadera relación de caridad, un estilo de vida digno. El año pasado, con motivo del bautismo de Mirko, su primer nietecito, hicimos de padrinos.

En los años pasados, nuestra hija ha hecho de madrina de bautismo de Gloria, una niña peruana, y otras veces nosotros hemos hecho este servicio en favor de los niños huérfanos de las misioneras de la madre Teresa de Calcuta.

También hemos acogido, durante períodos breves, a una familia siria, luego a palestinos, rumanos, peruanos, colombianos y ecuatorianos. En la comunidad de vecinos nos dicen bromeando que tenemos el servicio de Bed & Breakfast [Alojamiento y Desayuno].

El pasado septiembre, Wilma, una señora peruana conocida nuestra, llegó repentinamente a Roma con su hijo, sin medios económicos y sin alojamiento, y se ha quedado en nuestra casa hasta este mes de junio, en que encontró arreglo en Ostia Antica.

Naturalmente, no siempre todo discurre bien. No hemos podido implicar a todos en esta relación de amor mutuo. Algunos se han aprovechado de nosotros, o nos

han confundido con una ONG, tratándonos como si fuéramos una organización a la que siempre se puede recurrir porque recibe subvención estatal. También ha habido algún momento doloroso. Pero también hay que decir que en los momentos duros, siempre ha llegado la providencia de Dios, que no falta nunca.

También hemos de añadir que, para nosotros, ha sido decisivo el contacto con el Movimiento de los Focolares para seguir haciendo este servicio y renovar el impulso. En la espiritualidad de la unidad hemos encontrado un alma, una nueva mirada para servir a los hermanos y un apoyo absolutamente necesario. Cuando llegan los momentos difíciles, es fundamental tener una comunidad que te ayuda a mantener tus opciones.

Por esto, podemos decir que la opción de la gratuidad, incluso cuando el horizon-

te no era muy claro, nos llena de alegría, nos enriquece culturalmente, nos da mucha serenidad y, con la ayuda del Señor, nuestra vida va adelante con paz.

«*En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os amáis unos a otros*» (Jn 13, 35). Así dijo Jesús para recordarnos que no será tanto la coherencia doctrinal o los argumentos teóricos los que harán creíbles nuestra fe. Esa es nuestra experiencia.

Nuestra unidad y amor recíproco bien vivido, traducidos en servicio y entrega a los hermanos necesitados, serán las señales por las que el mundo nos reconocerá como discípulos de Cristo. El tiempo presente, en el que muchos se han olvidado de su identidad como cristianos, nos pide a cada uno de nosotros poner en práctica este amor concreto, pide unidad, pide comunión, acogida y solidaridad. Estas actitudes darán credibilidad a nuestra fe.

SIGNOS DE LA GRATUIDAD

«Pobreza y alabanza de Dios: son las dos coordenadas principales de la misión de la Iglesia, los “signos” que revelan al pueblo de Dios si “un apóstol vive la gratuidad”. ...La predicación evangélica nace de la gratuidad, del estupor de la salvación que llega; y eso que he recibido gratuitamente, debo darlo gratuitamente; esto se ve cuando Jesús envía a sus apóstoles y les da las instrucciones para la misión que les espera. Son indicaciones muy sencillas: no os procuréis oro, ni plata, ni dinero. Esta misión de salvación, como añade Jesús, consiste en curar a los enfermos, resucitar a los muertos, purificar a los leprosos y expulsar los demonios. Se trata de una misión para acercar a los hombres al Reino de Dios. Y el Señor quiere para los apóstoles “sencillez” de corazón y disponibilidad para dejar espacio al poder de la Palabra de Dios.

La frase clave de las consignas de Cristo a sus discípulos es precisamente “gratuitamente habéis recibido, gratuitamente dad”: palabras en las que se comprende toda “la gratuidad de la salvación”. Porque “no podemos predicar, anunciar el Reino de Dios, sin esta certeza interior de que todo es gratuito, todo es gracia”».

Papa Francisco, *Homilía Santa Marta*, 11 junio 2013

Servir eficazmente a los últimos

La Redacción

Los que necesitan de una mayor gratuidad son los que, teniendo que huir de su tierra para salvar la vida o la libertad, dejan atrás toda la vida transcurrida y llegan a una nación diferente, a menudo sin recursos personales, desconociendo la lengua, la cultura y la tradición, sin posibilidades de buscarse un futuro que parece escapárseles. Son los refugiados, que, dadas las vicisitudes históricas actuales, se han multiplicado exponencialmente. Para comprender, al menos un poco, qué significa servir a estos hijos de Dios tan necesitados, hemos entrevistado al P. Camilo Ripamonti, jesuita, actual responsable del Servicio de los Jesuitas para los Refugiados en Roma (Centro "Astalli").

1.- En primer lugar, le ruego nos cuente cómo nació el centro de Vía Astalli.

El Centro Astalli es la sede italiana del Servicio de los Jesuitas para los Refugiados, que, desde hace más de treinta y cinco años, realiza numerosas actividades y servicios que tienen como objetivo acompañar, servir y defender los derechos de las personas que llegan a Italia huyendo de guerras o violencias. El Centro Astalli se encarga también de dar a conocer a la opinión pública quiénes son los refugiados, su historia y los motivos que los han traído hasta aquí.

Todo comenzó en Roma en 1981, en la sede de Vía Astalli, acogiendo la llamada del P. Pedro Arrupe, entonces superior general de la Compañía de Jesús. Efectivamente, en otoño de 1980, profundamente impresionado por la tragedia de miles de *boat people* [gente de los barcos], vietnamitas que huían de su país devastado por la guerra, exhortó a los jesuitas de todo el mundo a «llevar al menos un poco de alivio a esta situación tan trágica». La respuesta fue extraordinaria a diversos niveles en términos económicos, así como mediante la profesionalidad y competencia de todo el mundo de la Compañía de Jesús, con sus

redes difundidas por todo el mundo. La movilidad humana, sobre todo en su dimensión de migración forzada, no podía ser ignorada sino que se presentaba como un reto actual y de futuro para la Compañía de Jesús, y había que aceptarlo. De la reflexión sobre esa acción nació al año siguiente el Servicio de los Jesuitas para los Refugiados (*Jesuit Refugee Service*).

Acompañar a los refugiados y compartir sus experiencias es el principal de todos los servicios del Centro Astalli, desde los de primera acogida (para quien ha llegado recientemente a Italia), hasta las actividades de sensibilización y tarea en el mundo legislativo, que tiene por finalidad modificar las políticas injustas a nivel local, nacional e internacional.

2.- El Centro Astalli es muy conocido por su labor con los refugiados. ¿Podría decirnos cuál es el estilo que os caracteriza?

Tres son los verbos que caracterizan el estilo del Centro Astalli: *acompañar*, *servir* y *defender*.

Acompañar significa ser *compañeros*, no ser guías o maestros, sino *compañeros*. Estar donde están los refugiados, en los campos de prófugos, en las periferias de las ciudades o en el corazón de las grandes ciudades, donde pueden resultar invisibles. Estar allí para escuchar su grito, sus necesidades, de modo que, con empatía, puedan convertirse en tus necesidades y por tu medio las de la sociedad que acoge a estas personas, para que nadie sea sordo al grito de una humanidad que sufre.

Servir es crear servicios para la persona en base a las necesidades de los refugiados. Así se asegura una amplia gama de servicios a cerca de 950.000 refugiados y migrantes forzados en todo el mundo, 30.000 solo en Italia. Se les ofrecen los servicios sin distinción de raza, origen étnico o religión. Pero

no solo se aseguran servicios, sino que el estilo es el del servicio. Y esto es importante hoy, en Europa, en Italia, donde cada vez con más frecuencia a quien se preocupa por los migrantes se le acusa de enriquecerse a costa de los más desafortunados. Si *el estilo es el del servicio*, que pone en el centro la persona en la complejidad de su vida, no hay espacio para la ganancia en sí misma, sino para que se beneficie toda la sociedad mediante un cuidado que va siempre más allá de la necesidad momentánea para soñar juntos un futuro mejor.

Defender es ser voz de quien no tiene voz. Parte esencial de la misión del Centro Astalli es afrontar las causas profundas de las migraciones forzadas, tratando de modificar las políticas injustas al nivel más apropiado: local, nacional o internacionalmente.

3 - ¿El Centro lo llevan adelante solo los jesuitas o hay colaboradores o voluntarios? ¿Qué función desarrollan ahora? ¿Cuál es, según usted, el valor que ofrecen? ¿Participan también laicos no especialmente vinculados a la Compañía?

Desde su nacimiento, el Servicio de los Jesuitas para los Refugiados en el mundo, así como el Centro Astalli, se ha valido siempre de la colaboración de muchas personas, en su mayoría no jesuitas. Colaboradores, o mejor, personas que desde siempre han compartido más que el carisma de san Ignacio, la pasión por el hombre, que luego en la historia personal de cada uno adquiere diversos matices, respondiendo a la inquietud del corazón que tantas veces el papa Francisco ha recordado ser indispensable para los jesuitas. «*Podemos preguntarnos si nuestro corazón ha conservado la inquietud de la búsqueda o si, en cambio, se ha atrofiado; si nuestro corazón está siempre en tensión: un corazón que no se cierra en sí mismo, sino que marca el ritmo de un camino a recorrer*

junto a todo el pueblo fiel de Dios» (Homilía del papa Francisco, Iglesia del Gesù, Roma, 3 de enero de 2014). Esa inquietud sana que te hace sentir que nunca has llegado, sino que siempre estás en camino. Y este camino el Centro Astalli lo comparte con muchas mujeres y hombres, pero sobre todo con los refugiados, que, por definición, son personas en camino, un camino forzado por la guerra, por la violencia, por la injusticia, hacia la felicidad de una vida digna.

4.- A su parecer, y según su experiencia, ¿es verdad que estas manifestaciones de un amor gratuito que sale al encuentro de los necesitados, concede una credibilidad decisiva al anuncio del mensaje cristiano (aunque no se busca esto, sino servir)?

Demasiadas veces se ha considerado la acción social, la caridad, la cercanía a los pobres, como algo secundario respecto al anuncio del Evangelio. El papa Francisco ha subrayado que estar con los últimos es anuncio evangélico; incluso nos ha dicho mucho más: nos ha recordado que los pobres evangelizan.

5.- Imagino que las constantes llamadas del papa Francisco a una Iglesia abierta, que acoge a todos, que es más semejante a un hospital de campaña que a una aduana de control, les han animado en el trabajo que ustedes desarrollan en el centro. ¿Percibe usted esta propuesta como central para una verdadera reforma de la Iglesia?

El papa Francisco, desde su primera definición como papa que viene del fin del mundo, siempre ha demostrado sensibilidad y atención hacia las personas migrantes, refugiadas. Su primer viaje apostólico fue a Lampedusa, donde con energía nos llamó a la responsabilidad y, en una oca-

sión, habló de la globalización de la indiferencia. Desde entonces, continuamente, ha tenido gestos y palabras proféticas en un tiempo en el que el tema de las migraciones crea ansia y sobre todo divide.

El papa Francisco vino al Centro Astalli el 10 de septiembre de 2013, un día aparentemente ordinario, en el que los refugiados del comedor de Vía Astalli vieron llegar a este hombre vestido de blanco, que, con gran amabilidad, saludó y se entretuvo con muchos de ellos. Un gesto sencillo de un alcance extraordinario, ya que por unas horas se hizo compañero de camino y en un breve discurso pidió a los institutos religiosos que abrieran sus casas para acoger la carne de Cristo, que son los refugiados.

Si la Iglesia no es portadora de un Evangelio que es apertura y acogida, una Iglesia que es casa para todos, comenzando con las personas más frágiles, por los últimos, por los más vulnerables, entonces habremos traicionado el mensaje del Evangelio. Nos lo ha recordado el papa Francisco, no se puede ser cristianos y construir muros, y los muros se construyen de muchos modos.

«Queridísimos religiosos: Los conventos vacíos no sirven a la Iglesia para transformarlos en hoteles y ganar dinero. Los conventos vacíos no son vuestros, son para la carne de Cristo, que son los refugiados. El Señor llama a vivir con más valentía y generosidad la acogida en las comunidades, en las casas, en los conventos vacíos. Ciertamente, no es fácil; se precisa criterio y responsabilidad, así como valor. Hacemos mucho, pero tal vez estamos llamados a hacer más, acogiendo y compartiendo con decisión lo que la Providencia nos ha dado para servir. Superar la tentación de la mundanidad espiritual, para estar cerca de las personas sencillas y sobre todo de los últimos. ¡Necesitamos comunidades solidarias que vivan el amor de modo concreto!».

En la frontera de la cárcel

Gianfrancesco Bagnulo, o.f.m.cap.

Uno de los lugares donde más se pone a prueba la capacidad de acogida, de escucha, de amor de la caridad cristiana, son las instituciones penitenciarias en las que también los capellanes católicos prestan sus servicios

Hemos preguntado al padre Antonio Bagnulo o.f.m.cap., que desde el 2000 ejerce este ministerio en la cárcel de Viterbo que nos cuente cómo trata de cumplir su misión en tal situación.

Un poco de historia

Cuando era estudiante de teología, vi que un hermano de la comunidad eligió colaborar con el capellán de la cárcel, y tuve también yo el deseo de trabajar con él, y poder vivir la palabra del evangelio de Mateo, nada fácil de practicarla: «*Estaba en la cárcel y vinisteis a verme...*». Pero me lo impidió una infección de las amígdalas, que me tuvo bloqueado durante tres inviernos seguidos.

Ya sacerdote, pude vivir otra palabra de aquel trozo evangélico: «*Estuve enfermo...*». Los superiores, aunque fui destinado a los estudios y a la enseñanza como había sido propuesto en un principio, me

pidieron sustituir a otro hermano de comunidad enfermo, capellán de un hospital de Roma. Desde entonces mi vida sacerdotal se desarrolló entre la asistencia a los enfermos en varios hospitales de Roma y la enseñanza en nuestros centros de estudios de filosofía en Siena y en Viterbo hasta ahora.

En noviembre de 1999 los superiores me pidieron que ayudara a un religioso enfermo, capellán en la cárcel de Viterbo. Me volvió el recuerdo de aquel deseo de estudiante: llegar a aquellos que no suscitan fácilmente sentimientos y actitudes de participación, dadas sus situaciones de marginación. Ahora todavía sigo en Viterbo como capellán de la cárcel.

El proceso interior

¿Qué decir de estos años de cercanía con los enfermos y luego con los reclusos entre aquellos muros? Durante 27 años estuve en los hospitales. No siempre fue fácil ayudar a vivir con fe situaciones de enfermedad, a veces trágicas o irreversibles, pero ni siquiera simplemente hacerse cercano a quien sufre dolores y angustias cuando no se tiene el consuelo de la fe; pero el amor de la cercanía respetuosa y discreta ha permitido vivir casi siempre la relación con serenidad y paz.

Así conocí muchas veces la experiencia del hombre enfermo o, que por la precariedad de su salud o por los nuevos límites impuestos por la enfermedad, se siente disminuido en la propia estima de sí y en el temor del juicio de sus conocidos, ofuscando así el verdadero valor de la dignidad humana, nunca unida a las solas condiciones físicas.

Como he visto suceder que, en el decurso de la recuperación plena o parcial de la salud, prevalece, por determinados parámetros artificiales o no naturales, la enfermedad según la cual la vida tiene sentido solo en la total eficiencia operativa, sin la cual, parece, no vale la pena vivir. Pero así se devalúa el verdadero significado de la persona, que está siempre llamada a asumir la responsabilidad de contribuir con sus semejantes al mejoramiento de la convivencia humana para la realización en la vida social de los valores morales, civiles y religiosos, propios de la dignidad humana.

Entrar en la cárcel fue otro rostro de Jesús que se reveló: «*Estaba en la cárcel...*», me guió y me sostuvo ante el compromiso con los detenidos, cuyo número en algunos momentos de emergencia era verdaderamente exorbitante. Pero he visto claramente la diferencia entre el sufrimiento de quien está debilitado más o menos grave-

mente por la enfermedad y la fe de quien ha sido privado por la justicia de su libertad física y civil.

Conocí la experiencia de personas que parecían cerrados en su egocentrismo, parecían impermeables a las solicitudes a darse cuenta de su comportamiento negativo, personas que, aun dotadas de corazón y de inteligencia, o por ignorancia crasa, o por fragilidades psicológicas personales, o por haber crecido en ambientes caóticos dominados por la desviación, por opciones equivocadas, han oscurecido la voz de la conciencia, perdiendo la distinción entre lo que está bien y lo que está mal, y han violado la propia dignidad de personas. Y este es el servicio de ayuda a cada individuo, reclusos tras los muros de la cárcel para recuperar el verdadero sentido de justicia, no solo jurídico sino también moral y humano.

En este seguir la historia y el camino de tantos que pasaron por la cárcel de Viterbo debo decir la ayuda preciosísima de voluntarios, religiosas y laicos de varios movimientos eclesiales con los cuales se comparte el compromiso del crecimiento humano y espiritual a estos hermanos.

Sin ellos el trabajo hubiera sido casi imposible –además de mi celebración semanal de la santa Misa en 6 departamentos– llevar adelante la preparación del Bautismo, la Confirmación y la primera Comunión de decenas de detenidos; cómo llevar adelante en 6 departamentos los encuentros semanales de grupo, en los que se profundiza la experiencia de la propia vida con la Palabra de Dios.

Una última nota: si estamos atentos a lo positivo que incluso se manifiesta en medio de tantos sufrimientos, se puede captar que también en los ánimos de quien ha cometido los crímenes más feroces, el Espíritu Santo abre a menudo una brecha que el amor paciente y confiado de quienes se es-

fuerzan por “servir” a estos hermanos hace brotar y fructificar en frutos de vida nueva.

...consciente que él, detenido como ellos, puede ayudarles como ni siquiera el sacerdote lo consigue a veces, feliz de ser así un inicial instrumento de la misericordia de Dios para muchos.

Pero si es verdad que el sacerdote es la figura que por “profesión”, por todas partes se emplea para solicitar y actuar según un espíritu de comunión con dedicación altruista y gratuita, puedo testimoniar que he encontrado esta actitud desinteresada y laboriosa, y altruista, en tantas personas no directamente relacionadas con la capellanía católica, que, aun con otras ideologías o simplemente no cercanas a la Iglesia católica, están dispuestas y de hecho están comprometidas en colaborar por el bien de los detenidos. Esta es la experiencia que se hace en Viterbo, al menos en algunos sectores y respecto a algunos reclusos.

Algunos frutos

Ninino fue apresado aunque era inocente, y permaneció detenido durante 4 años. Ha sido la fuerza de la fe la que le ha hecho no solo aceptar esta injusticia sino comprometerlo en ayudar a los compañeros y superar en los momentos de rebelión y abatimiento de los compañeros. La relación viva con el capellán, lo ha alimentado en este trabajo de ir contracorriente y de testimonio frente a todos, Su relación llegó a ser profunda y vital.

Vittorio frecuentó los encuentros de los neocatecumenales, con seriedad, redescubriendo primero el sentido auténtico de la fe y luego tratando de profundizarla perso-

nalmente pidiendo textos de los Padres de la Iglesia, hasta quererse inscribir en una escuela de teología para laicos por correspondencia. Ha podido seguir los cursos del primer año, no excluyendo la idea de la consagración: después, trasladado, ha tenido que desistir. El capellán de la nueva institución me dice siempre que ha permanecido fiel y practicante.

Recuerdo a un ex-killer, *Geppy*, con cadena perpetua, que incluso después de ocho años de jefe en la cárcel, en donde se distinguió como rebelde indomable, seguido con lecturas y coloquios por un profesor que había cultivado el trabajo de Dios en él, comenzó a asistir a la santa misa, a los encuentros de catequesis, hasta pedir recibir el sacramento de la confirmación. Se reveló a sí mismo como una persona atenta al Espíritu Santo en él. Recordando su pasado afirma que no entraba en la iglesia porque sabía que no podía ofender al Señor con su presencia, dada su indignidad. Hoy es un líder muy positivo entre los compañeros.

Lionello ha agradecido a la Providencia por haberlo detenido con la encarcelación en su desenfrenado delinquir y de haberle hecho encontrar una hermana voluntaria en la cárcel que le ha ayudado a entrar en sí mismo y a madurar una sincera conversión. Hoy pide la guía espiritual para crecer en la comunión con el Señor.

Alonso, traficante de drogas, proveniente de un país extraeuropeo, ha estado acompañado por dos hermanas en el camino de la recuperación de la fe cristiana; ahora acepta y vive la encarcelación no solo como justa pena por su mal actuar, sino como una ocasión especial que el señor le ofrece para ayudar a los compañeros a salir del estado de abandono psico-moral, consciente que él, detenido como ellos, puede ayudarles como ni siquiera el sacerdote lo consigue a veces, feliz de ser así un inicial instrumento de la misericordia de Dios para muchos.

Gratuidad: Cuanto más das, más tienes

Sor Jenny Favarin. f.d.p.

Acerca de ciertos temas es posible establecer un debate sobre los diferentes matices o sobre ciertos aspectos que se pueden contemplar bajo diversos ángulos, y así, según los distintos enfoques, se suscita un debate que no acaba nunca. Pero no es ahí donde se logra saborear las virtualidades de aquello sobre lo cual se habla. Esto sucede con la gratuidad. Para saborear su vitalidad, hay que dejar las palabras e ir a la vida. Y... ¡milagro!, se comprende enseguida, por otro camino, la gratuidad, sin reflexiones tortuosas, sino revelando su esencia. Damos las gracias a sor Jenny, que nos regala un pedazo de su vida, en el que se muestra esto.

SON las 11.15 de un martes calurosísimo del julio romano, y deseo ir a la misa de 12.00 a S. Pedro, pero la fila para pasar el detector de metales es kilométrica, por lo que me asalta la duda de estar en la fila equivocada. La esperanza de que haya un carril preferencial me infunde valor para correr a un guardia y explicarle cándidamente mi intención, el cual, por toda respuesta, suelta una carcajada y un «si quieres llegar a misa puntual, tienes que ponerte en fila a las 7.00». Me quedo sin palabras, así que me marcho enfadada y desanimada. Cabizbaja, me dirijo a una de

tantas callejuelas que rodean S. Pedro, arrastrando en mi cabeza preguntas perplejas sobre la incredulidad de lo que acabo de vivir: «¿Es posible que ese guardia me haya despachado de un modo tan rápido y tan impersonal y que incluso se haya reído de mí? ¿No se puede ir ni siquiera a misa?».

Ando sumida en estos pensamientos, cuando una voz lejana logra arrancarme de ellos haciéndome llegar al cerebro una frase de sentido completo: «Tengo hambre, ¿me ayudas?» En dos segundos compruebo que el sonido proviene de la boca de un hombre sentado en la acera delante de un bar, con la

mano abierta dirigida hacia mí. Hay mucha gente que pasa a mi lado esquivándome, mientras en esa zona, afortunadamente peatonal, me quedo encandilada en medio de la calle mirándolo y tratando de dejar espacio a algo nuevo que contrasta totalmente con mi indignación y desconsuelo. Instintivamente le pregunté qué deseaba comer, con el fin de comprárselo, y su respuesta embarazosa es: «*No lo sé; lo que tú quieras*».

Gratuidad: algo extremadamente hermoso y frágil, que no tiene nada que ver con la lógica del cálculo, del trueque y de los intereses, en la que, extrañamente, si das, no pierdes, o mejor, cuanto más das, más tienes..

Me parece profundamente injusto tener que elegir en su lugar, y de repente, un impulso interior, sin ser yo consciente, me hace responder: «*Entra en este bar conmigo, y escoge lo que te gusta*».

Confundido, primero, e incrédulo, después, el hombre, mirando a su alrededor como buscando el engaño, me pregunta si estoy segura de verdad o se trata de una broma. Se levanta, se me acerca y, asíndome de la mano, me dice su nombre. Se la estrecho y me presento. De pie, ambos nos miramos a la misma altura. Solo después de cruzar el umbral del bar, me doy cuenta de que mi propuesta, instintiva, no es muy frecuente. Me ayudan a comprenderlo las miradas de la gente sentada a las mesas o en la fila de la caja, que miran la ropa raída y arrugada de mi reciente compañero. En la fila de la caja, ese hombre, llamado Fabio, me pregunta: «*¿Tú no tienes hambre?*». No pensaba yo en mi hambre, a pesar de la vaciedad de estómago. Le respondo que sí, y, cinco minutos después, sentados a una mesa, estamos almorzando jun-

tos. Durante todo el tiempo, Fabio no para de repetirme, increíblemente contento, que jamás le había sucedido algo semejante, en los seis meses que llevaba viviendo en la calle. Yo también desbordo de alegría. Y nos despedimos dándonos las gracias mutuamente.

Desde hace tres años, los jueves por la tarde, vivo, en cierto sentido, una experiencia semejante a la que acabo de contar, en un centro de día para personas sin morada fija o con necesidades de otro tipo, que regentamos nosotras, las franciscanas de los pobres. La única diferencia es que no se sientan conmigo a la mesa para comer, sino para pintar y dibujar. Este centro no solo responde a las necesidades esenciales de estos “últimos”, sino que, según la intuición genial y, para mí, también evangélica de una de nosotras, responde también a aquello demasiadas veces frustrado y descartado a causa de las condiciones en que viven, o bien a la necesidad de contactar la parte más auténtica de uno, única, irrepetible y original, que forma parte de esa identidad propia estrechamente conexas a la dignidad personal.

Me resulta inolvidable la primera vez que, cruzando la puerta del centro con mis manos llenas de materiales artísticos y de inseguridades sobre el sentido de esta iniciativa de laboratorio de terapia artística, aún no he balbuceado mi nombre, cuando inmediatamente oigo decir a los que iba a ayudar: «*Bienvenida, acomódate, te estábamos esperando*».

Después de los primeros días de taller, en los que mi objetivo se centraba exclusivamente en sostener el proceso artístico con mis competencias de terapeuta de arte, un participante me comunica su alegría de poder elegir cómo dar forma, crear y tener un espacio de experimentación artística, y me pregunta: «*Sor Jenny, ¿tú no quieres di-*

bujar? ¿Por qué no creas tú también con nosotros?». Desde entonces, saltándome un poco las reglas, comencé a sentarme con ellos y a sumergirme en el mismo clima creativo. De ahí ha surgido un espacio franco en el que cada uno de nosotros crea y obtiene ideas y sugerencias, incluida yo.

¿Tú no tienes hambre?

¿Tú no deseas dibujar?

Gratuidad: algo extremadamente hermoso y frágil, que no tiene nada que ver con la lógica del cálculo, del trueque y de los intereses, en la que, extrañamente, si das, no pierdes, o mejor, cuanto más das, más tienes. Gratuidad: una palabra ajena a

la mercantilización y a llegar primero. Gratuidad: una dimensión compuesta por tiempo y espacio, que no pide nada sino ser uno mismo. Gratuidad, que rima con creatividad, reciprocidad, entrega, fundada sobre la persona, en los perfiles vivos, precisos e inequívocos.

Vuelvo a pensar en las 11.15 de aquel martes de un calorosísimo julio, y caigo en la cuenta de que tal vez, de algún modo, llegué a la misa en la cual Dios me estaba esperando. No era a las 12.00, no era en S. Pedro, sino en un bar de una calleja escondida, con uno de tantos hermanos antes desconocidos que me daba la bienvenida gratuitamente, me ofrecía asiento y me recordaba que... cuanto más das, más tienes.

LA GRATUIDAD DEL PERDÓN

«El pasaje del Evangelio (Mt 18.21 a 35) nos ofrece una enseñanza sobre el perdón, que no niega el agravio sufrido, sino que reconoce que el ser humano, creado a imagen de Dios, es siempre más grande que el mal que comete. San Pedro le pregunta a Jesús: “Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano que peca contra mí? ¿Hasta siete veces?” A Pedro le parece lo máximo perdonar siete veces a una misma persona; y tal vez a nosotros ya nos parece mucho hacerlo dos veces. Pero Jesús responde: “No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”, es decir, siempre. Tú debes perdonar siempre. Y confirma esto narrando la parábola del rey misericordioso y el siervo despiadado, en la cual muestra la incoherencia de aquel que fue perdonado antes y que luego se niega a perdonar.

El rey de la parábola es un hombre generoso que, movido por la compasión, condona una deuda enorme –“diez mil talentos”– a un siervo que le suplica. Pero ese mismo siervo, tan pronto como se encuentra con otro siervo que le debía cien denarios –es decir, mucho menos–, actúa sin piedad, haciéndolo aprisionar. La actitud incoherente de este siervo es también la nuestra cuando rechazamos el perdón a nuestros hermanos. Mientras que el rey de la parábola es la imagen de Dios que nos ama con un amor rico en misericordia tanto como para acogernos, amarnos y perdonarnos continuamente».

Papa Francisco, *Ángelus* 17 septiembre 2017.

La acogida es una ocasión

Paolo Balduzzi y Tamara Pastorelli

Con frecuencia, la actualidad reduce la acogida a un deber social o a una benevolencia genérica. Sin entrar en cuestiones políticas o sociológicas, los Movimientos Humanidad Nueva y Jóvenes por un Mundo Unido presentan tres experiencias para decir que la acogida... ¡también es amor!

«Nosotros hacemos una propuesta que va más allá de la emergencia, y ayudamos a estos muchachos a aprender un oficio. Solo así podrán pensar en un futuro mejor integrándose con todos los demás». Salvatore Brullo es el director administrativo de la Cooperativa Foco de Chiaramonte Gulfi, provincia de Ragusa (Italia), con una experiencia de diez años en políticas de inmigración, proyección social, gestión y supervisión de proyectos. Salvatore es responsable para Sicilia del proyecto “Hacer Sistema-Más-allá de la acogida”.

Chiaramonte Gulfi: la acogida se vuelve integración

«Nosotros trabajamos en el sector de la acogida y de los servicios a la persona desde hace años, por lo que era natural hacer algo para responder a la llegada de tantos migrantes, sobre todo los menores extranjeros no acompañados, que llegan en gran número a las costas italianas, a los cuales, mientras son menores, se les acoge en una comu-

nidad que ofrece una protección sustancial, pero con autonomía, colaborando con la Asociación Mundo Unido (AMU) y la Asociación Familias Nuevas (AFN), dos realidades de los Focolares, desde siempre en primera línea para defender a los más débiles».

El proyecto que la Cooperativa Foco pone en marcha tiene como beneficiarios cuarenta jóvenes, no solo migrantes o prófugos, sino también italianos, veinte en Catania (Sicilia) y veinte en la provincia de

Ragusa. Se experimentan dos modalidades distintas de inserción laboral: en Catania, un itinerario para la adquisición de competencias profesionales, con estancias de un mes en empresas. En Chiaramonte y Ragusa se realizan prácticas de formación directamente en empresas para adquirir experiencia de trabajo y relación dentro de un ambiente profesional. «*Si además pensamos que algunos muchachos del proyecto no son solo migrantes, sino también italianos, se comprende que todo, incluidos estos chicos, pueden ser un recurso, un valor añadido para el territorio, las empresas y las familias*».

La relación, que está en la base de la integración propuesta por la experiencia de la Cooperativa Foco, nos permite entender más a fondo otra experiencia en otra parte de Italia, hoy interesada en el fenómeno de la acogida.

Ventimiglia: “rien du tout”, el cuidado de la persona es amor

“Puerta Occidental de Italia”: así se conoce Ventimiglia. Puerta abierta a la Costa Azul, en Francia, con la cual existe desde siglos un vínculo de vecindad geográfica, de relaciones culturales, económicas y sociales cotidianas. Puerta, no frontera, al menos mientras Francia no mantenga suspendidos los tratados de libre circulación firmados en Schengen. Así, Ventimiglia es un embudo, donde se congregan muchos migrantes que consideran nuestro país una etapa del viaje, antes de alcanzar sus metas más allá del confín. La comunidad local de los Focolares está trabajando en estrecha conexión con la de la región de los Alpes Marítimos, y en colaboración con Cáritas diocesana, para atender las muchas necesidades de la gente: «*Lamentablemente, hemos de reconocer que lo que estamos ha-*

ciendo es solo asistencialismo –cuenta Paola–, pero ellos no necesitan una pieza de ropa o un par de zapatos. Necesitan ir adonde quieren y ejercer la libertad humana de autodeterminarse que debería ser propia de todo el género humano».

Son muchas las experiencias que Paola cuenta, hechas de infinitos “rien du tout”, “de nada”, como ella las llama: «*En esta situación, lo que tratamos de hacer es poner la persona en el centro. Por ejemplo, al preparar las comidas, hemos tratado de cocinar recetas africanas o árabes a base de “cous cous” y arroz. Hemos aprendido a mezclar las especies a su estilo, a componer los platos según sus tradiciones. Lo hemos hecho para que se sientan acogidos y en casa. ¿Qué nos cuesta? ¡Nada!*».

Rien du tout, cosas de nada gracias a las cuales el rostro de estos viajeros se ilumina, gestos que les hacen sentir de nuevo “personas”: «*Un día, notamos que una mujer siria se lavaba cada vez que venía a Cáritas, pero seguía poniéndose siempre la misma ropa. Llevaba ropas largas, tipo túnica, con los pantalones debajo. Recuerdo que buscaba y buscaba en el montón de ropa, pero siempre se marchaba con las manos vacías. Hasta que un día comprendimos y entonces le pedimos a amigas marroquíes si tenían un vestido de ese estilo para dar. Finalmente, se cambió y se marchó feliz*».

Ítalo Calvino, escritor, ciudadano de esta zona, decía: «*Lo humano llega donde llega el amor, y no tiene más confines que los que nosotros le damos*». Una verdad que se pone de relieve con toda su fuerza en estas historias. Cuando se toca el dolor, cuando afrontamos las pequeñas y grandes cosas de cada día, la acogida del otro es esencial para “decir bien” de nuestra vida. Una acogida en la que la persona se coloca en el centro por amor, y puede volver a sentirse amada aunque esté herida.

Diplomacia y diversidad como riqueza

¿Es posible una acogida así en la relación entre los pueblos, entre los Estados? AL es un diplomático, embajador desde hace unos años en un país asiático: «Mi experiencia personal me hace decir que la idea de acogida corresponde a un mundo donde la riqueza de la diversidad de cada pueblo construye la belleza del conjunto. Y esta idea, que puede parecer utópica porque el mundo está lleno de guerras, se concreta en el tiempo y en el espacio con pequeños pasos, gracias a gestos sencillos que miran a la salud de las relaciones. Esto lo he podido experimentar en muchas ocasiones. Cuento un pequeño hecho sucedido durante las ceremonias de apertura y de clausura de los Juegos Olímpicos y Paralímpicos: ¡un espectáculo inolvidable! Recuerdo que la noche de la primera ceremonia, dentro del estadio y en medio de miles y miles de personas, sentí la inspiración de enviar a mi colega homólogo del Ministerio de Asuntos Exteriores un mensaje a través del teléfono móvil. “Vuestro país muestra toda su belleza”, escribí, y él respondió enseguida: “Gracias.” Con ese sencillo gesto, sentí que había amado a su patria como a la mía».

«Recuerdo también cuando a mi país le tocó la Presidencia de turno de la Unión Europea. Me encargaron presidir un grupo de trabajo al cual se le propuso la adopción de un “Programa Diplomático Europeo”. Se trataba de un curso de formación profesional dirigido a los jóvenes funcionarios diplomáticos en servicio en las diplomacias nacionales de los países miembros. Tenía el fuerte apoyo de Alemania, pero había suscitado notables resistencias, porque este y otros países insistían para que el alemán fuera una de las lenguas de enseñanza del programa, además del francés y el inglés. Esta petición no solo planteaba el problema del incremento de los costes, sino también el de las diversas lenguas nacionales que podrían haber sido tomadas en consideración igualmente. En esa situación, me costaba a mí buscar una solución. Hablé con los representantes de cada país, tratando de acoger realmente las razones de cada uno. Me iba convenciendo de que sería más ventajoso para todos tener un programa de formación común, y que sería útil seguir adelante con las dos lenguas oficiales, que no crearían dificultades de realización.

Durante la reunión decisiva, tratamos de que todos se sintieran como en su casa, y yo hice mi propuesta. Al día siguiente, fue aprobada... ».

«Considerando el escenario actual, acoger significa, ante todo, ampliar las posibilidades para que los emigrantes y refugiados puedan entrar de modo seguro y legal en los países de destino. En ese sentido, sería deseable un compromiso concreto para incrementar y simplificar la concesión de visados por motivos humanitarios y por reunificación familiar. Al mismo tiempo, espero que un mayor número de países adopten programas de patrocinio privado y comunitario, y abran corredores humanitarios para los refugiados más vulnerables. Sería conveniente, además, prever visados temporales especiales para las personas que huyen de los conflictos hacia los países vecinos».

Papa Francisco, Mensaje de la Jornada Mundial del Migrante 2018.

«El mundo es demasiado pequeño... Quisiera abrazarlo totalmente»

Sor Marina Motta

Partió muy joven desde la campiña lombarda, se dedicó a los emigrantes en Estados Unidos, realizando obras entre los pobres de todo el mundo. Por su iniciativa y decisión marcó con su impronta apostólica misionera la segunda mitad del siglo XIX. Mujer de rica espiritualidad, de temple lombardo, emprendedora de obras con las que puso de manifiesto su fe, fue una de las primeras en comprender la gran necesidad de la emancipación femenina como signo de una más amplia promoción humana.

FRANCISCA Cabrini nació el 15 de julio de 1850, en San Angelo Londignano, en una familia campesina, terrateniente, rica en fe y en piedad. Después de haber conseguido el diploma para poder enseñar, al quedarse huérfana de ambos padres, enseñó durante dos años en la vecina escuela de Vidarno. Hay un episodio que manifiesta el carácter valiente e indómito de esta mujer: consiguió obtener del alcalde anticlerical del pueblo el permiso para enseñar la religión en la escuela a pesar de que lo prohibían las leyes gubernativas.

Desde su infancia, Francisca Cabrini había cultivado el deseo de ir a misiones a

Oriente, sueño que no pudo realizar entonces. En dos ocasiones no fue aceptada por dos institutos religiosos por su salud enfermiza, pero en 1874 el párroco de Codogo le propuso ocuparse de los huérfanos de la Casa de la Providencia, junto a Antonia Tondini, la fundadora del centro. Fueron para Francisca años de dificultades y sufrimientos (dirá ella misma que “lloró mucho”). Se fue a un instituto religioso, pero conservando el nombre de Francisca, al que quiso añadir el de Javier en memoria del Santo patrón de las misiones.

Mons. Gelminu, obispo de Lodi, intuendo el designio de Dios sobre Francisca,

la animó a fundar un nuevo instituto: «*Tú quieres ser misionera, le dijo, el tiempo está maduro; yo no conozco un instituto de misioneras; funda tú uno*».

El 14 de noviembre de 1880 con siete compañeras fundaba las Hermanas Misioneras Salesianas del Sagrado Corazón, convertidas en 1889 en las Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús. Para hacer realidad su ideal misionero, desechó numerosas invitaciones de otros fundadores. En 1887, llegó a Roma y, superando la oposición del cardenal Vicario que le pedía que volviese a Codogno, fundó la casa central del instituto. En Piacenza toma contacto con Mons. Giovanni Scalabrini que compartía con ella la urgencia de una misión en América junto a los emigrantes italianos. Él mismo se había dado cuenta de las condiciones de los emigrantes yendo personalmente a los Estados Unidos. Durante la audiencia con el Papa León XIII, una frase dicha por él, «*¡No a Oriente, Cabrini, sino a Occidente!*», convenció a la santa sobre el designio de Dios para ella y, a los 39 años, a pesar de estar enferma de los pulmones y que los médicos le habían pronosticado dos años de vida, renunció a China y partió en 1889 con siete compañeras en una nave que transportaba en tercera clase 900 emigrantes.

Los primeros pasos en América.

«¡Pobres emigrantes –escribió años después en una carta– explotados tantas veces por los que se les ofrecen como sus protectores!, y engañados tanto más cuanto mejor saben colorear sus intereses privados con el manto de la caridad y del amor patrio. Veía en mi viaje a nuestros queridos connacionales, esforzándose en la construcción de ferrocarriles en los lugares más intrincados de las montañas, a miles de kilómetros de los poblados, separados du-

rante años de sus familias, lejos de la Iglesia, privados de aquellas santas alegrías que en nuestras campiñas el pobre campesino tiene al menos el domingo, cuando deja la azada, y con su traje de fiesta, después de haber consagrado la mañana al servicio divino y oído la palabra del sacerdote que le recuerda la nobleza de su origen y de su destino y el valor del trabajo, y tiene un día entero para dedicarlo a la familia (...) y poder reemprender el trabajo al día siguiente con el ánimo recobrado».

En Nueva York las Hermanas no encontraron a nadie que las acogiese y el mismo arzobispo Corrigan, que las había llamado, viendo las dificultades de tal empresa, les aconsejó volverse a Italia. Las Hermanas parecían tener tanta fe que, ¡ay de mí!, era poco el dinero para las obras del Señor, pero él pensaba que todo el “dinero” era poco”. Hace falta mucho “dinero”. Francisca le respondió: Monseñor, nosotras estamos aquí por orden de la Santa Sede y debemos permanecer.

Abrió la primera escuela femenina en un modesto apartamento ofrecido por la Condesa de Cesnola, y con sus Hermanas llegó a los barrios más degradados de la ciudad, realizando cada día kilómetros de calles y entrando sin miedo en ambientes espantosos de miseria y violencia. Madre Cabrini se encontró inmediatamente con las condiciones de los emigrantes italianos «*que eran tratados como esclavos de modo que tenía que disimular mi amor patriótico para no sentirme herida*», y así con trabajos innumerables durante toda la vida para integrar a los emigrantes en la realidad social americana, pero al mismo tiempo reforzando también en ellos el sentido de pertenencia a la identidad italiana y católica.

En esta promoción social, Francisca usó una técnica cuyo principio era convencer a los italianos ricos para ayudar a los otros italianos menos favorecidos. Y algunos de

sus bienhechores, convencidos y empedernidos anticlericales, la ayudaban atraídos por su carisma más que por las razones religiosas. Esta mujer, con frecuencia enferma y débil, pero incandescente en la acción y en la fe, de pocas palabras, pero lanzada en los hechos, sorprendió a los más poderosos del mundo americano.

Una expansión inesperada

Su comunidad logró en seguida un desarrollo extraordinario: hospitales, escuelas, orfanatos, clínicas en Nueva York, Brooklyn, Scranton, New Jersey, Philadelphia, New Orleans, Chicago, Denver, Seattle y California. Francisca fundó también una escuela superior femenina en Buenos Aires.

«Se ha dicho que si Cristóbal Colón descubrió América, Francisca Cabrini descubrió a todos los italianos en América. Pero sintiéndose auténtica patriota en todas las circunstancias particulares que la llevaron a convertirla en ciudadana americana en 1909, su ideal misionero permanece siempre genuino, sin fronteras de razas y de geografía» (G. Pelliccia).

Una carta de Madre Cabrini, escrita a las participantes del Congreso de mujeres italiana en Roma en 1908, revela las extraordinarias capacidades de observación y de análisis de las condiciones sociales de los emigrantes, en particular de las mujeres. Una emprendedora de gran altura, y al mismo tiempo una intelectual capaz de escribir páginas eficaces de denuncia social, se conjugaban con la intensa espiritualidad de la santa misionera.

Orfanatos, escuelas y hospitales en los principales centros de emigración, (...) se convirtieron eficazmente en ayuda de nuestros pobres connacionales. Las Hermanas educan a sus hijos, se ocupan de los que son víctimas del trabajo, especialmente en las minas, o en las casas desdichadas

que han dejado huérfanos, los curan cuando sucumben bajo el peso de la enfermedad, se obligan a tener en condiciones el hospital, o a los enfermos, que todavía pueden ir por su pie, los acompañan al dispensario para ser curados sin tener que abandonar la familia.

«Pero sintiéndose auténtica patriota en todas las circunstancias particulares que la llevaron a convertirla en ciudadana americana en 1909, su ideal misionero permanece siempre genuino, sin fronteras de razas y de geografía».

Pero todo esto es poco; he calculado que serán unas 50.000 las personas beneficiadas anualmente por esas instituciones, y esta cifra se quedaría corta si no se le añadiera la parte más hermosa, más noble, más santa y más humanitaria de la misión que yo llevo tan en el corazón entre los emigrantes, que es la que componen nuestras Hermanas en los distintos países. Buenos son los orfanatos, excelentes las escuelas, formidables los hospitales, pero no todos presentan igualmente el óbolo de la caridad, porque no todos tienen necesidad de ello. Pero hay una caridad de la que todos nuestros emigrantes tienen necesidad, es la caridad que se debe ejercer con todos, sin distinción y especialmente con la mujer.

Animada por un fuego permanente

«Si para cualquier pobre es difícil la vida, lo es doblemente para el emigrado en país extranjero. (...) ¿Qué hay que desear para esos millares de obreros que con el sudor de su frente se ganan el pan de cada día, que en las empresas de construcción, en las mi-

nas, en los ingentes trabajos ferroviarios, ponen en peligro sus vidas, y con frecuencia, son mártires oscuros e ignorados por el mismo trabajo, que encuentran al final de su laboriosa carrera, lejos de la familia, privados de cualquier consuelo, en las oscuras cavernas de una mina? ¿Qué se puede desear para el enfermo que gime, abatido por el dolor en las monumentales instituciones que la caridad americana ha erigido a costa de su bienestar? ¿O para el pobre prisionero entre los hierros, que tal vez bajo la amenaza del patíbulo o de la silla eléctrica, descuenta las horas de indecible angustia por el delito de un momento, o, por la mala suerte, el que otros han cometido?

Para todos nuestros hermanos connacionales se requiere la palabra amiga del consuelo, el ánimo, la ayuda material cuando sea necesaria, y sobre todo tener despierto en ellos aquel sentimiento religioso que es el mayor don que les ha hecho nuestra patria, aquella fe profunda que, enraizada en sus almas, es el vínculo más fuerte que los tiene unidos al país como nación.

Emerge la fisionomía espiritual de Madre Cabrini, caracterizada por una feliz armonía entre naturaleza y gracia, interioridad y apostolado, una ascesis tradicional y uso de los más modernos medios de acción misionera

La fe que les muestra un término feliz de sus fatigas y sufrimientos; que les exige serias obligaciones, la observancia exacta de los deberes del propio estado, la resignación ante la propia suerte sea la que sea, mientras les prohíbe el envidiar a los poderosos, a los ricos, a los adinerados, mostrando como un faro luminoso de salvación el hermoso día en el que todos los miembros de la familia

humana se encuentren unidos en un sagrado vínculo de caridad en la verdadera patria, en la que ninguno emigrará, porque allí el gozo será eterno».

Juntamente espíritu y modernidad

De aquí emerge la fisionomía espiritual de Madre Cabrini, caracterizada por una feliz armonía entre naturaleza y gracia, interioridad y apostolado, una ascesis tradicional y uso de los más modernos medios de acción misionera. Animada por el deseo de llevar la salvación a todos y rápidamente solía decir: «*El Corazón de Jesús tiene tanta prisa en hacer las cosas que yo no consigo ir por detrás*».

En la incansable laboriosidad de esta mujer, emerge un ímpetu que recorre de manera totalmente natural el tema de las alas y del vuelo: «*Soltad y levantad las alas*» era la admonición a sus hijas para impulsarlas a utilizar bien el tiempo que huye. La rapidez con la que se movía, decidía e intervenía, le permitía una gran autonomía con la Institución eclesiástica: «*Huía en cierto modo de la influencia del clero, –escribe De Luca– no porque fuera desobediente, sino porque era muy rápida y con frecuencia, demasiado exigente de cuanto sus fuerzas podían regir y gobernar*». La modernidad de Madre Cabrini, sin embargo no consistía simplemente en adecuar la vida religiosa a los nuevos tiempos; su compromiso en el trabajo, y el empeño que pedía a todas sus Hermanas, no tenía nada que ver con la “obsesión por el trabajo” que absorbe la vida de tantos hombres y mujeres de hoy. Madre Cabrini «*deseaba hacer lo que Dios quería*». En todas sus iniciativas, el objetivo único y principal era la difusión del mensaje cristiano, sobre todo en relación con los emigrantes que «*con la patria terrena, podían perder la eterna*».

Un sencillo testimonio cristiano de un religioso agustino como Vicario Episcopal

Ángel Camino Lamelas, o.s.a.

Desde hace tres años soy Vicario Episcopal en la Archidiócesis de Madrid. El Arzobispo me nombró consciente de que soy religioso agustino y, por tanto, con la necesidad de aportar a la Iglesia diocesana mi propia identidad a través del carisma congregacional. Desde el primer momento me llamaron la atención las palabras del Papa Francisco: «Hoy que la Iglesia quiere vivir una profunda renovación misionera, hay una forma de predicación que nos compete a todos como tarea cotidiana. Se trata de llevar el Evangelio a las personas que cada uno trata, tanto a los más cercanos como a los desconocidos. Es la predicación informal que se puede realizar en medio de una conversación (...). Ser discípulo es tener la disposición permanente de llevar a otros el amor de Jesús, y eso se produce espontáneamente en cualquier lugar: en la calle, en la plaza, en el trabajo, en un camino» (E.G. 127). Por tanto, se trata de “llevar el Evangelio” a la Vicaría que se me ha confiado con sencillez y humildad. El núcleo de la evangelización es el testimonio personal, compartir el Dios que conocemos, compartir el amor, e invitarlos a conocerle.

Una breve descripción

La Vicaría VIII, Noroeste de la Archidiócesis de Madrid, cuenta con 750.000 habitantes, 180 sacerdotes, 59 parroquias, 103 comunidades de religiosas, 51 de religiosos, 42 residencias de mayores, 11 hospitales,

122 colegios (33 religiosos y 89 públicos), la Capilla de la Universidad Autónoma de Madrid, la Cárcel de Soto del Real, un sinfín de obras propias de la realidad de Cáritas, entre las que destacan Casas de acogida de la trata, Comedores sociales, Economatos. Por su ubicación, alberga a

personas muy diversas por razón de su cultura, economía, condición social, con una bolsa grande de inmigrantes y al mismo tiempo con los barrios residenciales mejor dotados de Madrid. La práctica religiosa se encuentra entre el 10 y el 12 % de participación. Como Vicario Episcopal he renunciado a la vivienda propia del cargo para vivir en una comunidad de la Orden de San Agustín en Madrid.

Un estilo típicamente agustiniano es el coloquio personal con los sacerdotes. Les escucho personalmente sin tener el reloj presente. Una vez al año, paso por todos los consejos pastorales de las parroquias: no para juzgar, o entrometerme, sino para conocer y compartir sus inquietudes, crear comunión.

Cuando he comenzado este servicio recordé las palabras de San Agustín: «*Por la Iglesia que se me ha confiado, debo tener la más grande solicitud. Estoy al servicio de aquello que le pueda resultar útil; deseo no ser tanto su presidente como serle de provecho*» (Carta 134,1). Y todo ello vivido en el contexto de la Iglesia en salida que nos está pidiendo el Papa Francisco, «*una Iglesia con las puertas abiertas. Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas*» (E.G. 46). He procurado dar respuesta a esta exigencia del modo más sencillo; por ejemplo, en los momentos fuertes del año (Navidad y Semana Santa), he acudido a los últimos pueblos de la Vicaría, como un signo de esta “Iglesia en salida”, hacia los más pobres y necesitados. Mantengo una presencia testimonial en los hospitales, especialmente en la Misa del Gallo, visitando a los enfermos y celebrando la Eucaristía con las familias. Hemos apoyado

totalmente la iniciativa de un sacerdote que, en la actualidad, ha construido una casa, con ayuda de la Vicaría, para 22 refugiados, existe todo un seguimiento de acompañamiento. Una vez al trimestre paso una tarde completa en la Cárcel de Soto del Real (Madrid), y un domingo al trimestre, celebro para los internos la Eucaristía. La relación creada con los internos es algo francamente sorprendente por los frutos que se perciben desde la confidencialidad más cercana, profunda y espontánea que se origina.

“Entre todos, con todos, para todos”

¿Cómo concretamos el dinamismo de “salida” al que somos empujados por la fuerza del Espíritu Santo? Nuestro Arzobispo nos ha convocado a elaborar un *Plan Diocesano de Evangelización* (PDE): «*Entre todos, con todos, para todos*». Se trata de realizar juntos, durante tres cursos, un camino de conversión que nos «*devuelva la alegría de la fe y el deseo de comprometernos con el Evangelio*» (E.G. 14). Una conversión que se traduzca asimismo en una renovación de las estructuras de la Iglesia en Madrid y de nuestros estilos y métodos pastorales, de modo que sirvan más y respondan mejor a las necesidades de la evangelización del momento actual (E.G. 25). De este modo se ha creado el SARCU (Servicio Asistencia Religiosa Católica Urgente). Un servicio de la Archidiócesis de Madrid, durante la noche, todos los días del año. Atiende a casos urgentes y graves: moribundos, situaciones de peligro vital físico o psicológico, grandes accidentes o catástrofes, violaciones de los derechos humanos que requieren una rápida actuación, etc. En la actualidad nos hemos apuntado 48 sacerdotes con dos laicos por sacerdote con un servicio activo cada siete semanas.

En la Vicaría, al frente de cada Delegación: Catequesis, Juventud, Enseñanza, Cáritas, Vida Consagrada, se ha creado lo que en España llamamos “Mesa de trabajo”, que son grupos de trabajo, donde se asume una responsabilidad directamente. Al mismo tiempo se ha dado vida al Consejo Pastoral de Vicaría, con 30 personas. Así se facilita la participación de los laicos en la elaboración, realización y revisión de los planes de acción pastoral, siendo corresponsables. Hemos intentado promover en cada Parroquia el Consejo Pastoral y el Consejo Económico. Se ha creado un noticiario interno de comunicación, de forma que sacerdotes y laicos estén informados de la vida y acontecimientos puntualmente.

En este contexto he recordado con frecuencia que *«La conversión pastoral de nuestras comunidades exige ir más allá de una pastoral de mera conservación, a una pastoral decididamente misionera»* (Aparecida 370). La conversión pastoral, que parece pedirnos Dios, significa apropiarnos de la mentalidad de la comunión. Para dar rostro a esta exigencia, he convocado una vez al trimestre a los sacerdotes jóvenes, manteniendo una relación con ellos lo más concreta posible, y una vez al año me he reunido con dos grupos de sacerdotes por edades. Un estilo típicamente agustiniano es el coloquio personal con los sacerdotes. Les escucho personalmente sin tener el reloj presente. Una vez al año, paso por todos los consejos pastorales de las parroquias: no para juzgar, o entrometerme, sino para conocer y compartir sus inquietudes, crear comunión.

Con la Vida Consagrada convoco 2 veces al año a los religiosos y religiosas de la Vicaría. Son tres horas de la tarde de un domingo de reflexión, oración y fraternización.

En medio de la intensa actividad pasto-

ral, dedico el lunes al descanso y a vivir el día lo más estrechamente posible con mi comunidad, participando activamente en la reunión de comunidad, en los rezos, la comida, salidas comunitarias...

Una dimensión de comunión

El servicio como Vicario Episcopal tiene una forma de gobierno al que he intentado darle la dimensión de la comunión: promoviendo y dando vida al encuentro mensual con los 7 arciprestes. Se les hace partícipes de toda la problemática diocesana o vicarial. Se trata de vivir y fomentar la corresponsabilidad. Este modelo se lleva a la reunión de sacerdotes por Arciprestazgos. En estos tres años, nos hemos reunido el Consejo Arciprestal de la Vicaría VIII con los arciprestes de otras Vicarías, con los de la III y IV. Han sido momentos para abrir horizontes y compartir las inquietudes, los éxitos y los problemas de las otras Vicarías. Todos los martes tenemos Consejo Episcopal. Se trabaja, se estudia, se reflexiona, se toman decisiones pero siento que mi principal tarea es crear relaciones; fomentar la comunión. Con el Obispo, todos los Vicarios tenemos un coloquio mensual de una hora. En esa hora, no solo comparto el trabajo, sino la vida de fe, la espiritualidad, los frutos que produce la vida de la Palabra como Vicario Episcopal. Con los que trabajan en la oficina de la Vicaría, tenemos una reunión mensual, compartiendo vida, y un resumen de la actividad pastoral del mes.

Y sobre todo... ¡están los jóvenes! «¡Qué bueno es que los jóvenes sean “callejeros de la fe”, felices de llevar a Jesucristo a cada esquina, a cada plaza, a cada rincón de la tierra!» (E.G. 106). Mensualmente se mantiene un encuentro de oración con jóvenes en la Catedral con el Obispo diocesano. Un

gran número de jóvenes salen de sus casas cada primer viernes para encontrarse –entrada la noche– en un ambiente de oración típicamente juvenil, iluminado por la Adoración, la Palabra de Dios y la comunión entre ellos con el Pastor, con palabras directas que llegan al corazón. Es un fenómeno singular: un promedio de 1.500 jóvenes que se sumergen en el silencio, rezan juntos, salen de sí mismos, experimentan que la familia se alarga, viven la alegría del evangelio con la conciencia de convertirse en discípulos misioneros.

Como Vicario Episcopal, no hago ninguna Confirmación, sin antes estar al menos una hora con los jóvenes. Una hora, con tres momentos: conocernos, preguntas abiertas que les hago, preguntas que me hacen ellos directamente con respuestas desde la vida. Es francamente conmovedor escuchar a los jóvenes. La sed que tienen de Dios la muestran abier-

...Las comunidades religiosas abren sus puertas para que los jóvenes puedan conocer sus obras y carisma, al tiempo que entablan diálogo y comparten un momento de oración. Los jóvenes se reúnen por vicarías para conocer la realidad de la Vida Consagrada que tienen a su alrededor.

tamente con su testimonio de vida y al mismo tiempo con unas exigencias muy fuertes de mostrar otro rostro de Iglesia. Cuando les escucho resuenan fuertemente en mí las palabras del Papa Francisco: *«Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Repito aquí, para toda la Iglesia, lo que muchas veces he dicho a los sacerdotes y laicos de Buenos Aires: prefiero una Iglesia accidentada, herida y*

manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades» (E. G. 49).

Organizado por las delegaciones de Juventud y Pastoral Vocacional y la Vicaría de Vida Consagrada, las comunidades religiosas abren sus puertas para que los jóvenes puedan conocer sus obras y carisma, al tiempo que entablan diálogo y comparten un momento de oración. Los jóvenes se reúnen por vicarías para conocer la realidad de la Vida Consagrada que tienen a su alrededor; luego todos se dirigen a la Catedral de la Almudena para la tradicional Vigilia de los primeros viernes de mes con el Cardenal Osoro.

Al concluir esta sencilla comunión no puedo dejar de pasar por alto el hecho de que todos los domingos del año celebro la Eucaristía en una de las 59 Parroquias de la Vicaría. Procuero que sea el centro de toda mi actividad pastoral; cuido que la homilía sea comprensible para todos; al terminar, me entretengo el tiempo necesario para hablar con la gente.

Hoy la Iglesia quiere vivir una profunda renovación misionera, en permanente estado de misión. No podemos quedarnos quietos, llegando a los demás con sencillez y humildad. El testimonio personal y comunitario en la evangelización no sólo es central, sino decisivo y fundamental. Compartir el Dios que conocemos y amamos, e invitar a conocerlo de un modo contagioso, alegre y testimonial es el deseo de toda la Iglesia al que me uno cada día con más pasión. Desde el lugar que Dios me ha colocado en la Archidiócesis de Madrid, como Vicario Episcopal, siendo religioso agustino, ofrezco mi humilde y pobre tesela para contribuir al último deseo de Jesús: componer la familia unida del mundo, «que todos sean uno».

UNIDAD, PALABRA DIVINA

Unidad, palabra divina. Si en un determinado momento fuese pronunciada por el Omnipotente y los hombres la llevasen a la práctica en sus más variadas aplicaciones, veríamos el mundo detenerse de golpe, en su marcha general, como en una película, y reanudar la carrera de la vida en dirección opuesta. (...) Familias desmembradas por peleas, heladas por las incomprensiones, por el odio, y destrozadas por los divorcios, se recompondrían. Y los niños nacerían en un clima de amor humano y divino y se forjarían hombres nuevos para un mañana más cristiano.

Las fábricas, muchas veces reunión de “esclavos” del trabajo en un clima de tedio, si no de blasfemias, se convertirían en lugares de paz, donde cada uno realizaría su trabajo para bien de todos.

Y las escuelas superarían los límites de la ciencia, poniendo conocimientos de todo tipo al servicio de la contemplación eterna, aprendida en los pupitres como en un cotidiano desvelarse de misterios, intuitas a partir de pequeñas fórmulas, de simples leyes, incluso de los números...

Y los Parlamentos se convertirían en un lugar de encuentro entre hombres a los que –más que la idea que cada uno sostiene– les urge el bien de todos, sin engaño de hermanos ni de patrias.

En definitiva, veríamos al mundo hacerse más bueno y al Cielo bajar como por encanto a la tierra, y la armonía de la creación servir de marco a la concordia de los corazones.

Veríamos... ¡Es un sueño! ¡Parece un sueño! .

Chiara Lubich, *La doctrina espiritual*, pag. 147.

Jesús Castellano Cervera



152 págs. 16 €

El castillo exterior

Lo «nuevo» en la espiritualidad de Chiara Lubich

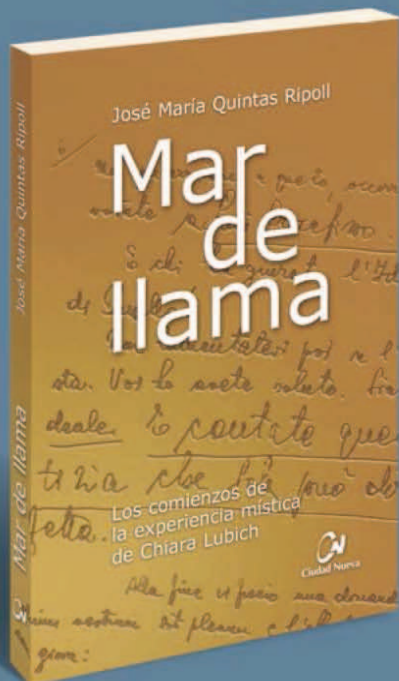
El «castillo exterior» es, para el autor, la comunidad que camina unida hacia la santidad, o sea, la unidad en Jesús.

■ José María Quintas Ripoll

Mar de llama

Los comienzos de la experiencia mística de Chiara Lubich

“¡Concédeme Señor que pase por el mundo como un mar de llama incendiando a todos de amor por Ti!”



264 págs. 17 €



LEER PRIMERAS PÁGINAS

Se pueden LEER las PRIMERAS PÁGINAS en nuestra web www.ciudadnueva.es para conocer mejor el libro.

Adquiéralo en su librería, en nuestra página web ciudadnueva.es o llamando al teléfono 91 725 95 30


Ciudad Nueva